

Recuerdos vívidos de Nicaragua

Iosu Perales

iosupe@outlook.es

Presentación

En la década de los años ochenta fuimos muchísimos los hombres y mujeres que viajamos a Nicaragua para vivir su revolución con la mayor intensidad. Tuvimos la gran suerte de estar allí. Era como un tren que pasa una vez en la vida y decidimos subirnos a él para contribuir a un pequeño y valiente país y para regalarnos la oportunidad de ser mejores. Participamos en cruzadas y campañas, recorrimos ciudades y montañas, hicimos amistades imborrables, aportamos y sobre todo aprendimos. De toda aquella gesta queda lo más importante: la memoria, nuestro recuerdo. Pero puede decirse que toda aquella épica que vivimos merece algo más: ser contada. Y es por eso que echo en falta el ejercicio de escribir lo que fue nuestra experiencia individual y colectiva, para que no se pierda en un futuro con débil e injusta memoria.

En el año 2005 la editorial Icaria me publicó "Los buenos años, Nicaragua en la memoria", una suerte de reflexión crítica. En el caso de este texto lo que escribo es más personal, son recuerdos sin pretensiones analíticas, destacando en ellos lo humano, una exposición no muy ordenada de hechos y situaciones que viví. Para quien quiera leerlos mi agradecimiento

Lo ideal sería que otras muchas mujeres y hombres de aquella solidaridad incomparable hicieran lo mismo. Cada cual desde sus propias opiniones y sentimientos, haciendo entre todas y todos una memoria colectiva, diversa y a la vez unida por el amor a Nicaragua, al sandinismo y al hermano pueblo nicaragüense.

Abril de 2016

Nicaragua, la solidaridad como país

En el mes de enero de 1984 viajé por primera vez a Nicaragua. Desde 1978 formaba parte de los comités de solidaridad con los pueblos centroamericanos y la victoria del Frente Sandinista contra la dictadura de Anastasio Somoza Debayle la viví con gran emoción y un deseo permanente de ayudar a un pequeño y empobrecido país que anunciaba una revolución humanista, inédita.

3

Yo conocía a hombres y mujeres que tras la caída de Somoza el 19 de julio 1979, se habían trasladado al país centroamericano a sumarse a las campañas de alfabetización y de salud que fueron de las primeras acciones del nuevo gobierno sandinista. Y ese conocimiento actuaba en mí como en revulsivo que me empujaba a sumarme a una épica que era colectiva. Hice ese primer viaje animado también por mi compañera Mariví que me repetía "tienes que ir", mostrando una gran generosidad. Y fui.

El avión de Iberia aterrizó en el aeropuerto de Managua, al que el Gobierno revolucionario puso el nombre de Augusto César Sandino, en honor del patriota que a principios del siglo XX se alzó en armas contra la ocupación norteamericana. Su lucha guerrillera logró que los ocupantes salieran del país, no antes de que se formara la Guardia Nacional, al frente de la cual los estadounidenses pusieron al general Anastasio Somoza García, quien ordenó asesinar a Sandino minutos después de haberlo recibido en el palacio nacional. Era el 21 de febrero de 1934 y Sandino tenía 38 años.

Junto al poeta Rubén Darío pronto me di cuenta que ambos constituyen la máxima expresión de la nacionalidad nicaragüense.

Managua me sorprendió desde el primero momento. Había leído textos de Julio Cortázar quien también asombrado descubrió una ciudad sin centro urbano, formada por un

conjunto de barrios unidos por carreteras agujereadas y baldíos. Así que aquella primera vez creí estar siempre en las afueras. Pensé que no había ciudad y que su nombre era una invención administrativa para justificar una capital necesaria. Sin centro urbano una ciudad no es una ciudad, me dije en aquel iniciático viaje.

Situada junto al lago Xolotlán, la ciudad se extiende veinte kilómetros de norte a sur, donde la Sierra de Santo Domingo acoge a su última barriada en su suave pendiente por la que se deslizan torrentes de agua por cauces a menudo desbordados en la época de lluvias. Está asentada sobre multitud de fallas sistémicas que han producido catástrofes, ninguna como la de 1972 que destruyó por completo la vieja ciudad colonial. Por cierto que Somoza se apropió de muchísimo dinero que llegó al país como donaciones de ayuda.

En cuanto puse pie en la ciudad recorrí algunos lugares simbólicos como el mausoleo dedicado a Carlos Fonseca, fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), en la plaza de la Revolución, la misma que había visto en televisión en las celebraciones del 19 de julio, día en que las columnas guerrilleras entraron en Managua procedentes de los cuatro puntos cardinales.

Enseguida me di cuenta de lo que ya me habían contado. La ciudad estaba poblada por una oleada de gentes solidarias de todas partes del planeta. Disfruté viendo por las largas avenidas que conectan los repartos de la ciudad, a hileras de gentes solidarias con pañoletas rojinegras al cuello, caminando bajo un sol de justicia en horas de imprudencia. La ciudad, entonces, tendía la mano a una multitud de todas las partes del mundo, a los que acudían a cosechar, a vacunar, a construir escuelas y clínicas en los confines rurales o en la selva, a enseñar y a aprender, a participar en una experiencia única. Fueron años difíciles, sobre todo para quienes iban a la guerra y quienes rezaban por el regreso de los suyos. Lo fueron para los nicaragüenses sometidos a una agresión obscena de parte de una potencia que no quiso dar oportunidad alguna a la

justa rebelión de un pobrecito país que había osado derribar una dictadura. Las gentes solidarias quisimos ser un ejército moral y político contra esa agresión. Fuimos miles de entusiastas a recorrer los pueblos de Nicaragua buscando hablar con mujeres de El Cuá y de Ticuantepe, conversar con los jóvenes del popular barrio Rigüero donde los domingos se cantaba la Misa Campesina, hacer amistad con los pobladores de León y Chinandega deambulando por sus calles calurosas, buscando siempre cómo ayudar, qué hacer, pues vivíamos una gran obra colectiva.

Un alto porcentaje de las gentes solidarias procedía de Estados Unidos. Eran hombres y mujeres de distintas iglesias, laicos, reverendos, religiosas, sindicalistas, ecologistas, feministas, veteranos de guerra. Eran personas muy valientes que se desplazaban a las zonas de guerra donde actuaba la Contra, tal vez empujadas por un sentido multiplicado de la responsabilidad, contestatarios como eran del gobierno de Ronald Reagan. Años después, en 1987, El atentado, en su propio país, contra el veterano del Vietnam Brian Wilson, también tuvo mucho eco. Ocurrió que un grupo de pacifistas entre los que estaba Wilson quiso detener un tren cargado de armamento que se dirigía al puerto de San Francisco. Las armas estaban destinadas a Centroamérica. El convoy no paró y Wilson fue el último en escabullirse de las vías dejando sus dos piernas amputadas como cuota a su protesta. Wilson era conocido en Nicaragua por sus estancias siempre en zonas de guerra denunciando el apoyo que el gobierno de Estados Unidos daba a los contras. Recuerdo el emotivo acto de solidaridad con Wilson que realizó en Managua el colectivo de discapacitados, cientos en sillas de ruedas dando las gracias al norteamericano que trató de detener una nueva ayuda a la contrarrevolución. El gobierno le concedió la Orden Augusto César Sandino.

Son incontables los hechos que demuestran la generosidad de esa parte del pueblo norteamericano que aterrizaba en Nicaragua en misiones casi siempre muy bien organizadas y sin necesidad de visa, pues el gobierno nicaragüense la había suprimido para contrarrestar la posición hostil del

gobierno norteamericano. No muy politizados, pero cargados de un sentido radical de la justicia, hombres y mujeres volaban desde Miami a un pobre y digno país cuyo nombre pronunciaban arrastrando la erre. Los veías delante de su embajada armados de carteles y pancartas; los encontrabas en los barrios populares y en zonas rurales haciendo ayunos; construyendo clínicas y escuelas; recolectando café y algodón; entregando manifiestos a los medios de comunicación y haciendo ruedas de prensa; eran como hormigas con sus caras generalmente chelitas y tocadas con sombreros de paja o gorras de béisbol. Particular importancia tuvo el colectivo Veteranos por la Paz, constituido por ex-soldados de las guerras de Corea y Vietnam. Recorrió Matagalpa y Jinotega desafiando las emboscadas de la Contra, renunciando a toda protección militar y confiando en sus camisetas blancas. Dormían en escuelitas y casas comunales y más de una vez arribaban a un poblado poco después de un ataque de la Contra. El día que entraron en Wiwilí, cerca de la frontera con Honduras, cientos de habitantes salieron a darles la bienvenida como si fuera un Domingo de Ramos, portando palmas.

En ese mi primer viaje pude percibir con claridad que Nicaragua era el punto de encuentro de todas las solidaridades. La alemana, perfectamente diseñada, muy bien articulada con los comités de base de su propio país. Tuvo en Bernd Koberstein a su propio mártir, asesinado el 28 de julio de 1986 precisamente en las proximidades de Wiwilí, pueblo hermanado con Friburgo, que era la ciudad de Koberstein. Los mártires alemanes pudieron ser más, pues ocho de ellos fueron secuestrados durante veinticuatro días de marchas forzadas por la selva. Los liberaron cuando Helmut Köhl se comunicó directamente con el presidente Reagan.

La alemana era una solidaridad muy eficaz, tanto la procedente de la Federal como la que llegaba de la República Democrática. De la RDA arribaron a Nicaragua muchos profesionales, médicos, enfermeras, técnicos de todo tipo. Los sindicatos de la RDA construyeron un avanzado y amplio hospital en la carretera norte de

Managua, al que pusieron el nombre de Carlos Marx. Las mujeres y hombres internacionalistas provenientes de la Federal eran un mosaico: libertarios, espartaquistas, comunistas, socialdemócratas, gays, ecologistas, feministas, pacifistas, luteranos, católicos, todo un despliegue que tenía su cuartel general, creo recordar, en el barrio Primero de Mayo de Managua, no lejos del famoso mercado Roberto Huembes, que en tiempos de Somoza era Mercado Central. Los alemanes de la Federal fueron los primeros, o al menos los más eficientes, en levantar en su propio país una red de tiendas para comercializar el café nicaragüense.

Otra cosa era la solidaridad italiana. Latina como la del Estado español, carecía de la organización de la alemana pero era campeona en inventiva y era enorme en cuanto a recursos humanos. En realidad, italianas e italianos son la alegría de cualquier evento internacional, también hoy en día. No hay más que acercarse al Foro Social Mundial. En la Nicaragua de los 80 su solidaridad era poderosa y estaba formada por todo tipo de gentes, desde muy jóvenes hasta ancianas partisanas. Sólo la Asociación italo-nicaragüense tenía más tres mil miembros organizados en 150 círculos y no paraban de inventar actividades por toda Italia. Asociaciones gremiales, católicas, políticas, universitarias, organizaban actos culturales para recaudar fondos y presionaban a su propio gobierno para que aumentara las ayudas al desarrollo de Nicaragua por la vía bilateral y de las ONG. Con los grupos de la solidaridad italiana era fácil conectar y hacer amistades. Todos hablábamos alto y sabíamos las mismas canciones.

Había una solidaridad nórdica, callada, reservada, pero potente en recursos económicos. Finlandeses, noruegos, daneses y suecos construían. Eran capaces de levantar por completo una ebanistería en Chontales, una escuela perfectamente dotada en Carazo, cincuenta viviendas en Río San Juan, un reglamentario campo de béisbol en Chinandega o una fábrica de cemento en la vieja carretera a León. Parecía que no estaban pero estaban en lo suyo. Quiero decir están. Tal vez la solidaridad nórdica,

principalmente la de los sindicatos, es de las que mejor han resistido las derrotas políticas. A lo mejor es un asunto de carácter. Puede ser que los nórdicos no hicieran la misma lectura que otros hicimos acerca de las expectativas revolucionarias y que fuesen más prudentes. El caso es que ellos han perseverado y el secreto puede estar en que nunca confundieron al pueblo sandinista con el gobierno y la directiva del partido en el poder. Es un asunto para reflexionar.

La solidaridad suiza fue siempre muy firme en sus convicciones. Yo, pobre ignorante, creía que Suiza era un país de gente que se dedicaba a esquiar y a disfrutar de su buen nivel de vida. En El Salvador conocí a mujeres y hombres suizos trabajando como médicos en las zonas guerrilleras mientras capeaban como podían los bombardeos. En Nicaragua pagaron también un precio doloroso por sus ideales. Sólo en 1986 fueron asesinados en sendas emboscadas el agrónomo Maurice Demierre y el cooperante Ivam Leyvraz, que viajaba con el alemán Koberstein. A Maurice le conoció Maribel Wolf, una amiga mía veterana de la solidaridad que ha trabajado durante años en *Terre des Hommes*: "Recuerdo a Maurice una noche en las ruinas del Gran Hotel, disfrutando del ballet de Nicaragua bajo un cielo sereno y limpio. Luego supe de su muerte y aún lo evoco cuando veo las estrellas".

Pocos años después de la derrota electoral de 1990 comités suizos decidieron dar su apoyo a la Izquierda Democrática Sandinista, sobreponiéndose a la depresión política y revelando que para ellos la lucha está lejos de haber terminado. Dieter Drussel, un viejo amigo de Zurich, me explicó qué era esa corriente política y me animó a tomar contacto con sus miembros. Maribel Wolf me habló de la solidaridad francesa: "Éramos de distintas ideologías y creencias religiosas, pero todos éramos sandinistas". Ella me recuerda la muerte de Joel Fieux, hijo de Bernadette, una amiga suya. "Lo mató la Contra cuando regresaba de una misión arreglando radios en las cooperativas amenazadas. Lo hirieron y lo remataron en el suelo. Joel era insumiso y había salido de Francia por negarse a hacer

el servicio militar. Su madre no la había visto en cinco años cuando él fue a recibirla al aeropuerto. Le dijo que estaría de regreso en unos días y pasarían juntos una semana de vacaciones, pero murió asesinado y Bernadette tuvo que asistir sola a su entierro. Nadie de la embajada de Francia acudió porque era objetor de conciencia”.

No es mi propósito hacer un repaso prolijo de aquellas solidaridades. Los países eran muchos y las organizaciones y el número de brigadistas incontables. Enumerar los actos de abnegación, los hechos y los éxitos, las anécdotas significativas, sería una empresa de largo aliento. Pero lógicamente debo escribir unas notas sobre nuestra solidaridad, la de las mujeres y hombres del Estado español. ¡Qué decir! ¿Cómo valorar tantos actos de amor? Bastantes vendieron sus autos u otras pertenencias para pagarse el viaje y permanecer un tiempo en Nicaragua. Un gran número puso un paréntesis a sus noviazgos y/o a sus matrimonios porque había que estar en Nicaragua. Muchas parejas llegaron juntas. Otros dejaron el trabajo, los estudios. Muchos recolectaron dinero en pueblos pequeños y grandes de nuestra geografía, vendiendo calendarios, haciendo rifas o lo que fuera para que las brigadas pudieran viajar a Nicaragua. Unos iban, otros venían y otros terceros preparaban con ilusión su oportunidad. Cada brigada sembraba un surco y el fruto de la esperanza se multiplicaba en los barrios, universidades, centros de trabajo, asociaciones y comités de solidaridad. Era una fiesta. No había fin de semana que no hubiera un acto para defender Nicaragua: en Zaragoza o en Talavera de la Reina, en Oviedo o en Bilbao, en Barcelona o en Madrid, en San Sebastián o en Granada, en Marinaleda, en Santa Coloma, en Alcorcón, en Vigo, en Gijón, en Canarias, en todas partes sonaba la música de Carlos Mejía Godoy y lucían las banderas rojinegras.

En Managua se abrió la sede de la solidaridad estatal en el barrio 14 de Septiembre con el nombre de Ambrosio Mogorrón. Pero la solidaridad vasca contaba a su vez con dos sedes acordes con distintas sensibilidades políticas: una en el barrio Pancasán, en la casa de Mertxe Brosa, mujer

solidaria afincada desde hace muchos años en el municipio de Malpaisillo, donde todavía vive para sus ideales; y la otra en Linda Vista. Era una división motivada por el conflicto político de nuestro propio país vasco, pero a la hora de la verdad en Nicaragua estábamos juntos allá donde había que estar. La solidaridad del Estado español en su conjunto lo fue todo: entregada, valiente, convencida, generosa, alegre, coherente, radical, movilizadora, persistente, ingeniosa, una enorme familia que se conocía en los aviones, en las concentraciones grandes y pequeñas, en la recogida de cosechas, en los festivales de La Piñata en Managua, en las salas de baile, en los cafetines de León, en la isla de Ometepe haciendo un poco de turismo, ascendiendo volcanes, en el mar y en las lagunas, una gran familia unida por su decisión de dar apoyo a la revolución popular sandinista. No éramos, sin embargo, diferentes de las brigadas solidarias de otros países.

¿Cuál era realmente el cemento, las ideas-fuerza que unía las piezas del gigantesco puzzle de la solidaridad? El internacionalismo fue una apuesta incondicional y gratuita para con Nicaragua. Por eso era auténtica y no mera proyección de intereses personales o de grupo. Comportaba una relación interhumana, una relación social con una doble dimensión: el quehacer objetivo expresado en innumerables realizaciones concretas; y el mundo subjetivo que era proximidad, humanidad, pasión, ternura, contacto de rostros y de manos. En la simultaneidad de ambas dimensiones se mostraba la aproximación al sufrimiento, la interiorización de las ideas, la ejemplaridad. Esa forma altruista de solidaridad arraigaba en la personalidad humana más genuina. No era un cálculo, no era instrumental, era la humanidad misma representada en sus mejores valores, la otra cara de la insolidaridad, de la indiferencia, que también son parte de lo humano. Era una solidaridad con convicciones, que defendía y atacaba, que amaba y odiaba. Aquella solidaridad colectiva fue aprendiendo, dotando a los ideales, a los sentimientos y a los talentos genéricos de un conocimiento acumulado, de una visión cada vez más compleja de la realidad. Y fue aprendiendo, codo con codo con los organismos

gubernamentales nicaragüenses a ser más práctica y eficaz en las realizaciones. Se fue organizando mejor y articulando con mayor fluidez lo que se hacía en el terreno con toda la extensa retaguardia de la solidaridad activa en ciudades y pueblos regados por el mapamundi.

El escenario conflictivo, de riesgo, nos ayudó a percibir que la solidaridad se construye en lucha, que la justicia se edifica contra fuerzas muy poderosas que actúan en todos los frentes. Y que semejante batalla exigía comenzar a recorrer el camino de la integralidad, pues el futuro estaba en todas las trincheras, no sólo en las políticas, también en la cultura, en los estilos de vida, haciéndonos cargo de la realidad toda, cargando también con ella como lo hacía el sandinismo.

No bastaba con ser políticamente firmes, debíamos ser y muchos lo fueron, personas dignas que supieron sellar amistades y lealtades profundas, dispuestas a lo que hiciera falta, con humildad en la forma y el fondo y una forma de vivir austera. La solidaridad así expresada era más que un movimiento para un proyecto futuro: era presente y revelaba que se podían afrontar las cosas más difíciles desde la fuerza de la pasión, de la voluntad, del “yo no me rindo”. Era presente y además circular, pues Nicaragua, sus gentes, los sandinistas, devolvían lo que recibían y nos enseñaban a “necesitar” del otro y de los otros. Lo devolvían de acuerdo con sus posibilidades y sus destrezas: nos daban poesía, literatura, hospitalidad y alojamiento, comida típica, afecto, acogida, historias, consejos, medicinas caseras, cantos, risas, motivos para llorar, amistad, una forma de mirar el mundo, solidaridad política cuando la necesitábamos. Era por consiguiente una solidaridad dialógica, de ida y vuelta, altamente ética, fieramente enraizada en la vida.

La solidaridad tenía en su origen muchas lecturas políticas. Quiero decir que si bien su destino era el pueblo de Nicaragua, y él era el punto de partida y llegada, el internacionalismo tenía en París o en Madrid, en Bruselas o en Bilbao, en Buenos Aires o en Montevideo, fuentes ideológicas variadas. Con frecuencia la solidaridad era la

expresión de muchas derrotas políticas. Mayo del 68 había quedado atrás como un recuerdo, una nostalgia vivida con sabor a impotencia. El Che había caído. Nos llegaban noticias de los horrores de los países del llamado socialismo real. A Salvador Allende le dieron un golpe de estado y cientos de miles de chilenos huyeron a Europa. En nuestro país, la muerte de Franco no había dado lugar a la esperada ruptura política: todo estaba atado. Vivíamos una época con escaso optimismo cuando el sandinismo derrocó a Somoza. Y todo empezó a ser distinto. Un poco de luz asomando por entre las nubes. Y ello hizo que miles de hombres y mujeres, influidos por los mismos acontecimientos pero de ideas y creencias diferentes, se unieran en una empresa común. Había algo que los unía además de la defensa política de la revolución sandinista: el humanismo. Una solidaridad radicalmente humanista como lo era la propia revolución sandinista en sus raíces filosófico-morales. El afán por lo justo no puede realizarse en el individuo, sino sólo en la comunidad humana, dejó escrito Martín Buber.

Ésa era precisamente la gran tarea del “ejército de cheles” en su misión de acompañamiento al proceso revolucionario: soldar una alianza entre seres humanos separados por la geografía y las latitudes, por la economía, el desarrollo y las culturas, para hacer juntos la obra de otra humanidad. Ese afán, esa avidez por una humanidad nueva, también estaba en el internacionalismo. Y aun cuando fuimos partícipes de los enfoques erróneos de la dirigencia revolucionaria, la misión de humanizarlo todo era una pretensión loable. De hecho, al desplegar en nuestras propias sociedades actividades en pro de Nicaragua y contra el imperialismo estábamos empeñados en cambiar los valores imperantes. En la práctica íbamos difundiendo esa buena nueva que late en el núcleo humanista: la idea de que la felicidad es derecho de todos y todas, incluso de un pequeño y pobre país. Así era como regábamos el jardín de los valores universales, concibiendo el mundo como el lugar de una suerte común del género humano. Al defender a Nicaragua defendíamos el universalismo como nuevo

mundo sentimental, nueva cultura y nueva civilización, el bosquejo fundacional de una nueva realidad humana.

El movimiento de la solidaridad con Nicaragua fue el más grande desde la guerra de Vietnam. En tamaño fue seguramente menor, pero incorporó al mundo religioso, al académico y a las incipientes ONG. Dio impulso a una globalización nueva, solidaria, en unos años de auge del neoliberalismo, que ya entonces difundía una cultura cargada de contravalores y dificultaba la autonomía de los pueblos. El fenómeno solidario se expresó como la invasión pacífica de un pequeño país que convocaba a la lucha contra el imperio y en defensa de los humildes. La solidaridad era también política y centraba sus afanes en la resistencia frente al imperialismo norteamericano y el derecho a la autodeterminación de un país pequeño. Era por eso que el "ejército de cheles" cantaba con ímpetu esa estrofa del himno sandinista que dice *Luchamos contra el yanki, enemigo de la humanidad*. Era la sociedad civil que se levantaba frente a las estructuras de poder, contra sus propios gobiernos que no hacían lo necesario para defender el derecho de Nicaragua a vivir libremente y lanzaba un grito moral. La nueva globalización construía una interdependencia de actores sociales, una alianza de valores, de luchas y de propuestas. Se erigió consecuentemente en una plataforma de pensamiento global, pero también de lazos sentimentales poderosos.

Este movimiento cometió errores: en ocasiones quiso empujar la realidad de Nicaragua hacia sus propios modelos ideológicos. No lo consiguió y además siempre tuvo que rectificar. Por lo demás, si alguna crítica global puede y debe hacerse al internacionalismo que pobló y amó Nicaragua deberíamos fijarnos en el ámbito del pensamiento y de las conductas a él vinculadas: fuimos poco críticos. Excesivamente complacientes con aquello que no nos gustaba. Fuimos sumisos, leales, incondicionales, creyentes, seguidistas. Todos ellos eran síntomas de una enfermedad infantil, pero también la expresión, se quiera o no, de una generosidad total, completa.

Hoy, mirando hacia atrás sólo se me ocurre decir que esos errores fueron poca cosa comparados con los aciertos. Y el gran acierto fue estar allí.

Mi crítica -que es también autocrítica- al movimiento de solidaridad con Nicaragua no mira a los 80, mira a los 90. La derrota electoral nos dejó fuera de combate, mucho más de lo que hemos sido capaces de aceptar. De la confusión inicial pasamos progresivamente al alejamiento, cuando no a la censura global contra el sandinismo, en una especie de catarsis que recuperaba el tiempo de la crítica no realizada. Del idealismo tal vez extremo pasamos al pesimismo desenfrenado.

Es verdad que las noticias relacionadas con la “piñata” eran de suficiente calado como para invitar al movimiento de solidaridad con Nicaragua al repliegue. Si nos fallaban aquellos en los que tanto creímos ¿no era mejor abandonar discretamente? Sin embargo, estaba la gente, el pueblo llano con el que moralmente nos habíamos juramentado. La gente ahora sin guerra pero sometida a un proceso de acoso por parte de las nuevas fuerzas neoliberales en el poder y de los deseos de revancha de la derecha somocista. Estaban también expresiones organizadas de base, de mujeres, de campesinos, de jóvenes, que pronto se dispusieron a resistir los embates de la violencia jurídica que pisoteaba derechos y de las nuevas políticas gubernamentales. Estaban también sandinistas históricos que con el paso del tiempo han ido ensayando formas de agrupamiento y que siguen, pacientes, esperando su hora, la hora del sandinismo popular. Sin embargo, nos falló la vanguardia histórica y nos alejamos de Nicaragua. Al menos fue mi caso.

Después de 1990 la solidaridad con Nicaragua casi desapareció. En todo caso perdió su carácter libre, popular, y comenzó a quedar mediatizada por las agencias de financiamiento de proyectos de desarrollo. Las ONG sustituyeron en buena parte a las redes solidarias anteriores y todo se hizo más espeso, más calculador, menos generoso. Pero la responsabilidad no es de las ONG que hacen lo que pueden, lo es de quienes no pudimos

sobreponernos al declive de un movimiento. Los veteranos de la solidaridad hemos asistido al transcurrir del tiempo, callados, sin levantar la voz ante hechos que conciernen gravemente al pueblo de Nicaragua, y si fue verdad que nos creímos fusionados con ese pueblo y parte de ese pueblo, también nos conciernen a nosotros. Estoy pensando en las políticas de restauración de los tres gobiernos liberales que atacaron gravemente las conquistas de la revolución.

En todo caso es justo decir que es valdío pensar que aquella solidaridad pueda volver.

Ningún viento sopla igual ni en fuerza ni en intensidad. Aquellos años 80 simplemente no volverán y ahora las urgencias solidarias tienen tareas urgentes en Palestina, en Siria, Irak, Líbano, Libia... contra las guerras y por la paz. El nuevo internacionalismo apunta hacia causas globales y señala a los poderosos de la Tierra. Tiene la virtud de una visión holística, transnacional, capaz de capturar la relación entre lo global y lo local. Ello constituye un paso de calidad, pues nos acerca al empoderamiento de una propuesta civilizatoria, cuya dejación en el pasado dio lugar al empobrecimiento de la izquierda. Una de sus dimensiones es precisamente *la globalización de la solidaridad*, propuesta que no pretende situarse en las llamadas coordenadas del progreso, como si éste fuera un aliado cómplice y seguro de las aspiraciones de liberación, sino que surge teniendo como compañía la incertidumbre, el no saber apenas nada de cómo será el futuro.

Este nuevo internacionalismo se ha alejado con razón de los grandes relatos y de sus utopías acabadas, pero no de la utopía comprendida como tensión, como camino, como lucha permanente por lo que no es y queremos que sea. En el pasado, la creencia de que los hechos y la historia acabarían por darnos la razón nos otorgaba una seguridad pero también una soberbia ideológica que era la palanca del dogmatismo y del sectarismo; todo cuanto hacíamos, cada acto, tenía ese telón de fondo que concibe el movimiento de la historia de un modo simple y unilateral,

desplegándose ascendente según la dialéctica de Hegel y de Marx en la dirección correcta. Ahora, el nuevo internacionalismo cree menos en la historia y más en lo que puede hacer a cada momento. Es el presente y la fuerza real social lo que cuenta. Por eso mismo nos movemos en la inseguridad y somos más prudentes. Pero la misma idea de que el futuro es inseguro, no comprobable y que, lejos de cerrar el círculo de los asuntos a debate, hay que abrirlo ya que no existen esquemas preestablecidos que enseñen el camino, nos hace más revolucionarios.

Ya la transformación no puede ser decretada siquiera por la autoridad de la historia. Es la hora de desarrollar una fuerza intelectual, espiritual y práctica, una potencia crítica a todo lo existente, una actitud de investigación, a sabiendas de que el añorado Cambio Social no es inevitable ni resultado seguro de las contradicciones que vive el capitalismo. El post capitalismo al que aspiran los nuevos movimientos internacionalistas surge como lo deseable en medio de la amenaza del neoliberalismo y también como ejercicio de la razón crítica.

Puede parecer que propongo sustituir una concepción optimista de la historia por otra pesimista de igual peso. No, en absoluto. De lo que se trata es de concebir la vida como una batalla permanente superando todo pensamiento complaciente con el llamado progreso. Ahora sabemos que el movimiento de la historia no es una rueda de luces en expansión jubilosa hacia el futuro. En realidad, en la literatura y en las proclamas de la izquierda social y política había mucho conservadurismo agazapado que confiaba en la famosa revolución por etapas. Lo decía Rosa Luxemburgo: "Sólo la vida, en su efervescencia, sin obstáculos, es capaz de producir miles de formas nuevas de vida, de improvisar, de hacer surgir fuerzas creativas y de corregir ella misma todos los intentos equivocados". Si esto es así, los determinismos históricos ya no tienen lugar en lo que debe ser un nuevo mundo subjetivo de la izquierda social y política. Luchar por la igualdad y la justicia sin saber cuánto podremos lograr, constituye una aventura moral de inspiración netamente humanista, radical. Lo que

ya está abierto es la gran batalla por la hegemonía, la batalla de las ideas.

Estos objetivos dan una idea de la dirección, pero no pueden resolver cómo tomarán cuerpo institucional. La sustitución de una visión armoniosa por utopías más modestas, lejos de ser un factor desmovilizador debe motivar exactamente lo opuesto: una rebelión cotidiana frente al espanto. Lo que debilitó a la izquierda fue el creerse poseedora del futuro y concedora de todas las soluciones. Esta creencia fue doblemente dañina: en primer lugar por ilusoria, y en segundo término porque desconsideró profundizar sobre problemas de los que, en realidad, sólo sabíamos el enunciado. Así pues tenemos motivos para ver en los nuevos movimientos un aire fresco inspirador del *Otro mundo posible*.

Hay en el movimiento altermundialista algunos puntos débiles. Rescato dos por su relación con Nicaragua. Uno tiene que ver con la brecha entre el impacto mediático global del movimiento y su frágil arraigo local. Pienso que se ha dado un desplazamiento, un bandazo unilateral, desde un internacionalismo localizado e identificado con luchas concretas hacia un internacionalismo que plantea batallas globales. La oposición global es muy necesaria y permite tener una visión del mundo, una vigilancia sobre los poderes en la sombra, una mirada crítica sobre las relaciones internacionales, un diagnóstico del capitalismo deslocalizado y desregulado, pero tiene la dificultad de que las batallas son saltos calendarizados en una agenda global de movilizaciones y reuniones continentales y mundiales. Hay poco arraigo local, concretado en agendas que puedan incorporar a mayor número de gentes alrededor de objetivos más tangibles.

El internacionalismo localizado en la solidaridad con pueblos concretos tiene la ventaja de poner toda la fuerza en la consecución de metas cercanas, como puede ser el apoyo a una comunidad campesina, a una municipalidad que empuja el presupuesto participativo, a un movimiento social y sus luchas, a una corriente política que se propone liderar un proyecto de sociedad... Los grupos solidarios que

aún son fieles al pueblo nicaragüense participan en el movimiento altermundialista pero simultáneamente dan apoyo y acompañan esfuerzos concretos de resistencia y luchas por la transformación social y política en un país concreto. El altermundialismo debe aterrizar en procesos sociales muy localizados so pena de quedar encerrado en una dimensión discursiva e ideológica. Los cambios globales necesitan de cambios locales pues sin estos últimos los primeros no son posibles. Otra cosa es que sin cambio global lo logrado localmente es siempre vulnerable.

Pienso que es una obligación moral de toda una generación no olvidar lo que vivimos y, sobre todo, oponernos a la liquidación de aquellos logros que beneficiaron a las mayorías. No me parece, por otra parte, que la indiferencia o la "neutralidad" hacia lo que sucede en el sandinismo se corresponda con la actitud colectiva de implicación y entrega del internacionalismo de los 80. Es posible que las tentativas de los críticos, de los disidentes, de los que crean opinión desde varios espacios, tengan por delante una larga travesía y sus éxitos no sean seguros en el futuro. Pero tal vez merezca la pena apostar por aquellos hombres y mujeres que de una manera metafórica han vuelto a las montañas.

Cerca de tres años después de mi primer viaje me ocurrió algo que sintetiza bien lo que se vivía en Nicaragua en los años ochenta. Un mediodía de diciembre de 1986 circulaba lentamente con mi modesta Suzuki por la avenida Bolívar de Managua, en dirección a la vieja catedral, cuando a la altura de unos magníficos murales de vivos colores que representaban momentos de la historia de América Latina observé a un grupo de cinco o seis personas rodeando a un policía de tráfico que, no sé por qué razón, me pareció en dificultades. Paré y me acerqué al grupo que enseguida supe que era italiano. Preguntaban al policía por un determinado lugar, y tal vez debido a que no era managua él, no estaba muy seguro en la respuesta. Pude ayudarles. Nos dieron las gracias y reanudaron su camino ayudándose de sus bastones. Sólo uno de ellos tenía visión y al parecer no completa. Los otros eran ciegos. Comenzaron a caminar

con voces animadas mientras el policía y yo les observábamos sumidos en la confusión. Luego nos miramos. El policía estaba conmovido y a mí me bajaba una lágrima por el rostro. Jamás olvidaré aquella escena.

Un grupo de italianos ciegos visitando Nicaragua no era sin embargo tanta novedad. Al país llegaban en aquellos años lisiados de todo tipo como parte de La familia Linder, tras el asesinato de Benjamín, se comprometió para siempre con el pueblo nicaragüense, al igual que su novia Alison Quam. Su hermano John, con el apoyo del actor Kris Kristofferson, al que vimos cantar el 19 de julio de 1987 en Matagalpa, inició un despliegue de denuncias en las que acusó a la Casa Blanca de apoyar a un ejército de asesinos.

Mis primeros pasos por Managua

Aquel enero de 1984 me instalé en el reparto Altamira, en la Rotonda de los Cocos, de Managua. Fui acogido por un amigo de nombre Víctor cuya casa era un espacio de idas y venidas de hombres y mujeres solidarias, además de lugar de citas políticas. En aquella casa había mucho movimiento. Se estudiaba la realidad del país, se debatía, se llevaban a cabo reuniones improvisadas o programadas, se recibían visitas de sandinistas y de representantes de las guerrillas de Guatemala y El Salvador, en fin, aquella casa era una escuela y yo un alumno que llegó para escuchar y aprender. Por cierto a esa misma casa nos fuimos a vivir mi compañera Mariví y yo, casi tres años después, en noviembre de 1986. Mi amigo regresó a Euskadi en esa fecha y nosotros nos quedamos de inquilinos.

Los taxis colectivos, las camionetas atiborradas de gente, los ruidos de los claxon, los gritos, los olores a fruta madura que invadían el aire, me acompañaron en mi primera incursión por la ciudad, camino al mercado Oriental. Si quieres tomar el pulso a una ciudad de América Latina visita y piérdete en alguno de sus grandes mercados, un mundo aparte de todo lo demás. El Oriental de Managua era entonces, en medio de una revolución económicamente frágil, un nido de acaparadores y de especulación de

precios. Por sus calles estrechas las voces de las vendedoras reclamaban clientes y se mezclaban con sonidos de bicicletas, tiritim, tiritim, y de otras voces infantiles ¡el helado, el helado! ¡el agua helada, el agua helada! ¡el fresco de naranja! ¡el fresco de tiste! ¡el raspado, el raspado! y el ruido del hierro rascando el hielo para fabricar un polo helado, ¡la cuajada! Y todas las demás voces de limpiabotas, peluqueros, vendedores de vitaminas y de anticonceptivos,

Aquella mi primera salida por la ciudad me permitió ser testigo del ambiente revolucionario de la ciudad. Por todos lados lucían carteles con lemas y consignas, llamamientos a resistir los ataques de la contrarrevolución financiada y armada por Ronald Reagan. En algunos lugares estratégicos para la defensa de la ciudad podían verse trincheras, pozos de tirador y refugios antiaéreos. Recuerdo que los domingos miles de hombres y mujeres de la capital acudían voluntarios a entrenamientos militares en diferentes terrenos baldíos, campos de fútbol o canchas de baloncesto. Todo era poco para tensar la atención de los habitantes de Managua que vivían siempre con la inquietud de ser sometidos a un bombardeo norteamericano, algo que no era improbable.

Pasear por Managua ya de noche tenía el interés de ver y a veces adivinar a cientos de sombras y ojos vigilantes portando un fusil. Unas 30.000 personas se turnaban en postas cada noche para impedir atentados contra la revolución. Eran los Comités de Defensa Sandinista que nacieron en la ciudad de Masaya durante la insurrección de febrero de 1978. Surgieron en los barrios populares de esa ciudad como apoyo a las escuadras sandinistas. Lo curioso es que en Managua, en lo que pude ver, la inmensa mayoría de vigilantes eran mujeres. Quizás la explicación se encuentra en que los hombres eran movilizados para los frentes de guerra unos y hacia los trabajos productivos otros.

En la Rotonda de los Cocos también se hacía guardia. Y alguna vez me tocó hacerla. Había en la rotonda quien la

hacía con un arma y quiénes la hacíamos con sólo una libreta y un bolígrafo para anotar movimientos de carros y de personas. Cerca de nuestra casa, vivía un señor de apellido Castilla que posteriormente llegaría a ser ministro o viceministro, no recuerdo bien, y que hacía las guardias como si en una trinchera se tratara, bien pertrechado.

Los CDS no controlaban solamente los movimientos de la contrarrevolución en la capital, sino que animaban también las movilizaciones y acudían a dar apoyo a los barrios castigados por la climatología o por cualquier otra causa. También organizaban la distribución de alimentos y procuraban la contención de precios. Siendo un cinturón de hierro de apoyo al sandinismo no dejaban por ello de reivindicar de las autoridades, adoquinado, alcantarillado, transporte adecuado, viviendas. Muchos de los miembros de los CDS tenían armas en sus casas, fusiles y pistolas, de manera que la ciudad era un arsenal armado en previsión de una invasión.

En mi segunda salida por la ciudad me fui caminando hasta el lago Xolotlán. Pegado a la Plaza de la Revolución, al Palacio Nacional y al Teatro Rubén Darío, el lago se extiende hasta el volcán Momotombo, situado justo al otro lado del lago en dirección norte. Es un lugar magnífico para disfrutar de la brisa de los atardeceres, justo cuando el cielo se vuelve rojizo al caer el sol. Es ese momento del día que se disfruta de una ciudad calurosa que rara vez baja de los treinta grados durante el día. De regreso reparé unos momentos en el Palacio Nacional, de estilo neoclásico, el mismo que fue ocupado por milicianos y milicianas sandinistas bajo el mandato del Comandante Cero (Eden Pastora) el 22 de agosto de 1978. Fue un acto que permitió la libertad de presos políticos y aceleró el fin de la dictadura. Somoza se vio obligado a ceder publicando dos comunicados que sirvieron para publicitar internacionalmente la lucha sandinista. Esta acción abortó asimismo la maniobra norteamericana de colocar al frente del gobierno a una Junta Cívico-Militar de apariencia democrática. La marcha de la comitiva que llevaba a los presos liberados al aeropuerto, fue sencillamente triunfal.

En mi regreso a la Rotonda de los Cocos crucé caminando el enorme solar abandonado donde una vez hubo una ciudad. El terremoto de 1972 la destruyó por completo. Hubo ayuda internacional para los damnificados, pero Somoza se embolsó ingentes cantidades de dólares y dejó la ciudad llena de escombros. Pisando las calles desaparecidas devoradas por la hojarasca, donde hubo restaurantes, cafeterías, heladerías, cines, peluquerías, tiendas de alimentación, librerías, puede uno imaginar las voces de la ciudad que ya no existe. Por sus calles andaban tríos musicales ofreciendo sus canciones, quioscos de prensa, taxistas, buscavidas y por encima de todo el bullicio de sus habitantes. Tiempo después pude ver unas magníficas fotografías de la ciudad, color sepia, colgadas en el restaurante Los Antojitos, cobrando vida en mi imaginación.

Me detuve junto al lago Tiscapa, justo en la terraza pegada a Radio Sandino, para tomar un refresco. Desde la pequeña altura del lugar se pueden divisar barriadas que entonces llevaban los nombres de Unión Soviética, Farabundo Martí, Cuba, Dimitrov. Cerca también se encontraba la Editorial Vanguardia con la que tuve buenos vínculos durante años después.

Al tercer día salí de la ciudad. Tomé un bus repleto de gente y me fui rumbo al norte.

Buscando el Norte

Llegué a Jinotega un día a media tarde, en un jeep conducido por un técnico francés y con la compañía de una mejicana y una periodista española. Visité sus calles asfaltadas, bastante limpias y me acerqué a visitar el mayor legado colonial, la Iglesia. Me pareció bonita por fuera y cursilona por dentro, con esos grandes velos blancos de gasa colgando del techo, como si bajarán del cielo y se pudiera trepar por ellos. Visité cafetines y conversé con jóvenes sandinistas y con soldados en período de descanso antes de volver al frente. La región de Jinotega, como la de su vecina Matagalpa, se encontraba

atrapada por las incursiones de pequeños y grandes grupos de contrarrevolucionarios. Ambos departamentos estaban militarizados y en cualquier momento se podían escuchar los enfrentamientos a tiro limpio. Como consecuencia las poblaciones de caseríos, cantones y pequeño municipios rurales vivían en estado de alerta permanente.

Dormí en una pensión y al día siguiente salí temprano hacia el valle de Pantasma, como pasajero de una camioneta Toyota repleta de gente. Topamos con los primeros cafetales y plantaciones de frijoles y maíz. Los árboles de flor de fuego lucían por todas partes, dando al paisaje una gran belleza. Abundaban los mangos, los árboles de pan, los de paste. Cruzamos cañadas sobre puentes de madera o de cemento, siempre custodiados por pelotones sandinistas. En un punto del recorrido una pasajera relató como una banda de contras incursionó en la pista, detuvo a un vehículo como el nuestro y asesinó a doce campesinos. Antes de retirarse destruyeron algunos puentes de madera.

Por el camino pude ver numerosas guarniciones sandinistas y un trasiego importante de vehículos militares yendo y viniendo. Como a la hora y media pasamos por Pueblo Nuevo, curioso nombre para una aldea de barracas y enseguida arribamos en la hacienda conocida con el nombre de La Colonia que ahora era del Estado. Paramos un momento en la hacienda para beber agua y pude hablar con un testigo de un ataque sufrido hacía menos de un año. La contrarrevolución quemó las plantaciones y destruyó las casas, dejando media docena de cadáveres. Ahora la hacienda estaba armada y sus hombres y mujeres en permanente estado militar de revista. Media hora más tarde llegamos a La Sorpresa, otra hacienda estatal en la que vivía el secretario político del Frente Sandinista para la zona, de nombre Ronald Paredes.

En La Sorpresa se encontraban en ese momento unos doscientos brigadistas, estudiantes de Matagalpa, cortando café. Muchachos y muchachas que se levantaban a las cinco de la mañana para hacer un trabajo voluntario, no sin cierta mística, y la alegría que dan las canciones, las

bromas y el hecho de ser insultantemente jóvenes. Lo cierto es que pude darme perfecta cuenta que la producción y la defensa del país eran tareas inseparables. Justamente en las zonas de riesgo, La Sorpresa lo era, mientras unos cortaban el café, otros vigilaban.

Llegué hasta El Cuá en otra camioneta y visité una cooperativa mítica por su valentía para hacer frente a la contrarrevolución. Se llamaba Ernesto Acuña. Estaba ubicada en medio de una naturaleza exuberante de cedros, nogales y plantas de todas las clases. Conversé con cooperativistas y en todos ellos detecté determinación para defender la revolución. Me acomodaron en una habitación repleta de armas y municiones y dormí como si hubiera entrado en coma.

El viejo bus, casi reventado por el increíble número de gente que en él viajábamos, subía las cuestas con enormes dificultades, no sin hacer algunos parones para coger aliento, y luego se dejaba llevar en los descensos como si quisiera recuperar fuerzas. La verdad es que yo nunca había viajado embutido entre tanta cantidad de gente primero y casi colgado de la puerta después, y la experiencia fue más que excitante. Subiendo y bajando colinas aparecían llanuras pobladas de reses pastando. Dos horas después de haber salido de Jinotega llegué a San Rafael del Norte, el pueblo de Blanca Arauz, la telegrafista que se casó con Sandino.

Un sol tórrido golpeaba el ambiente cuando inicié mi peregrinar por las calles de un pueblo que resultó ser menos sandinista de lo que había imaginado. El municipio, ubicado en zona de riesgo por las incursiones de la contrarrevolución ofrecía imágenes tan pintorescas como las pilas de ataúdes de colores en venta en plena calle. San Rafael, en todo caso ha pasado a la historia porque en él se casó el héroe nacional que se rebeló contra la ocupación yanqui en los primeros años del siglo XX. La boda fue en el mes de mayo de 1927, justo antes de que partiera a las montañas del Chipote. Ya casado y montado a la grupa de su caballo dejó una frase para siempre: "No me importa

que se me venga el mundo encima, pero cumpliremos con un deber sagrado". Durante seis años combatió contra las tropas de diferentes gobiernos apoyados por Estados Unidos, al término de los cuales había logrado aglutinar a su alrededor a unos tres mil hombres y algunas decenas de mujeres y se había ganado la admiración popular. Organizada bajo su mando, la guerrilla rebelde se refugió en las selvas de Nueva Segovia, donde se convirtió en prácticamente invencible.

Sin embargo San Rafael ha nutrido tradicionalmente las filas de la Guardia Nacional somocista, y tal vez por ello yo caminaba atento por sus calles.

Monté en una camioneta que se dirigía al pueblo de Yalí, cuyo nombre salía de vez en cuando en los periódicos por ser escenario de combates. Pero yo, empujado por el deseo de saber y ser testimonio de una realidad, no lo pensé. Cuando llegamos me encontré con algo que no esperaba: decenas de mujeres y hombres milicianos, así como de soldados del ejército regular marcaban un territorio de dominio sandinista. Yalí fue el primer pueblo liberado por las guerrillas, el 14 de junio de 1979, y tal vez por su carácter simbólico estaba en ese momento tan fuertemente protegido. Escuché que unos ochenta vecinos estaban incorporados a la contrarrevolución. No obstante, a diferencia de San Rafael, la población de Yalí mostraba a las claras su simpatía por la revolución sandinista. Me contaron que en los lugares más alejados del casco urbano, de unos 2.500 habitantes por los 23.000 que tenía todo el municipio, si ocurrían cosas terribles.

Efectivamente, los secuestros, las quemas de cosechas y asesinatos de familias campesinas se sucedían en las orillas del río Negro, junto al poblado de La Rica. Para frenar los ataques supe que los sandinistas se han visto obligados a organizar concentraciones de población para proteger mejor a la gente. En La Rica puede hablar con un maestro de escuela, Denis Castro se llamaba, quien me contó su aventura. Este es resumen de su historia ocurrido el 16 de

julio de 1983. Se encontraba de vacaciones jugando un partido de béisbol con muchachos de la comunidad. De pronto vieron bajar como a unos 600 militares de un cerrito cercano. Denis creyó que era un batallón del ejército sandinista, pero al momento un hermano suyo de once años empezó a gritar "¡los contras!" "¡los contras!" y efectivamente lo eran. Todos los presentes echaron a correr, pero Denis tuvo mala suerte y lo apresaron. Denis había cometido el error de portar en su macuto papeles que lo relacionaban con el Ministerio de Educación y teniendo en cuenta que los maestros populares atrapados por la contrarrevolución terminaban siempre asesinados, Denis comprendió que su situación era muy delicada.

Los contras reunieron a la parte de la comunidad que no había podido huir y seleccionaron a los que iban a ir con ellos de "viaje". Denis estaba en la lista. Luego sacaron de las filas a un muchacho con discapacidad intelectual, le obligaron a cavar una fosa a pico y pala. Cuando terminó le obligaron a tumbarse en el fondo de la misma y lo frieron a balazos. A Denis lo condujeron hasta la casa de su mamá, quedando una guardia por fuera. Ideó su plan. Como a las cinco de la mañana, con las primeras luces del alba y con los cánticos de los gallos de fondo musical, una "campesina" se deslizó silenciosa por la ventana trasera de la casa. Llevaba un machete. Los contras dormitaban y ni le sintieron. Ganó la maleza y se deslizó un buen trecho hasta alcanzar una pequeña hondonada. Se quitó la ropa y comenzó a correr. Denis tropezó en su camino con unidades de contras, pero las vio a tiempo y pudo sortearlas. A su madre no la mataron.

Es noche dormí en la sede del Frente Sandinista. A las cinco de la mañana entre ruidos de pájaros y cantares de gallos me fui a la parada del autobús que me llevaría a la norteña ciudad de Condega. El transporte apareció con más de dos horas de retraso. La explicación fue simple: el chófer se había dormido. Era inútil protestar. Durante los primeros kilómetros el recorrido era montañoso, luego surgió un altiplano con plantaciones de maíz y abundantes platanales. En las orillas de la ruta íbamos dejando casitas de madera.

Luego el camino inició un descenso hacia Condega y vadeando ríos en los que no hay puentes arribamos a la pequeña ciudad entre huertas y almendros en flor. Tardamos tres horas para cubrir cuarenta kilómetros de distancia por una pista llena de hoyos y piedras.

Condega fue una población de paso, Mi objetivo era Ocotlán en Nueva Segovia, conocida como la "Sultana del Norte" a donde llegué por una carretera asfaltada a una bonita plaza con jardines, presidida por una bonita iglesia colonial donde en ese momento había un bautismo colectivo. Recorrí Ocotlán, una ciudad de cuarenta mil habitantes, muy combativa y que siempre fue lugar de tránsito de las primeras guerrillas sandinistas. También fue una base político-militar de las guerrillas de Sandino. Tras la visita hizo auto-stop con la idea de poner los pies en Jalapa, municipio fronterizo con Honduras, muy cercano a la permanente batalla de trincheras entre sandinistas y contrarrevolucionarios.

A la hora de haber iniciado el viaje se nos hizo saber que atravesábamos un punto delicado entre los poblados de San Fernando y Santa Clara. Era un tramo de la carretera, mejor dicho pista de tierra, donde se sucedían muchos ataques de los contras para requisar camionetas con sus contenidos de alimentos u otros enseres. Sólo diez días antes de nuestro paso por ese peligroso tramo los contras cortaron la carretera con fuego de mortero disparado desde los cerros cercanos. Los sandinistas tuvieron que utilizar cohetes Katiuska para desalojarlos. El combate duró cuatro días y en su huida los contras dejaron la pista minada. Lo cierto es que por esa zona un extranjero no podía andar sin permiso militar. Bueno poder podía, el ejemplo era yo.

Jalapa es un valle donde se cría la planta de tabaco, además de flores y plantaciones de banano. Un valle muy productivo que la contra quería aislar. Había intentado asimismo en ocasiones instalar en el valle un gobierno provisional contrarrevolucionario, sin éxito. Y eso que a cinco kilómetros escasos se encuentra la frontera con

Honduras, refugio consentido por el gobierno hondureño para a contrarrevolución.

Llegamos al valle tras atravesar puentes de madera colgados sobre los ríos caudalosos. La ciudad está levantada al final de una llanura de unos veinte kilómetros de largo donde se cultivan tabaco, café, achiote, yuca, arroz, maíz, frijoles y bananas. Es pues un valle rico y atractivo para los dos bandos. Al fin, entramos en Jalapa, un pueblo bonito de calles perpendiculares y casitas con patios interiores donde la gente vivía en permanente estado de emergencia. Sus 10.000 habitantes habían hecho de cada casa una trinchera. En el perímetro de la pequeña ciudad pude ver zanjas excavadas en la tierra y refugios hechos con madera de ocote. También vi esquinas defendidas con sacos terreros y muretes de cemento con abertura para las bocas de los fusiles.

La psicosis era grande en la población. Cada día pequeños aviones de reconocimiento volaban sobre el valle y regresaban a sus bases hondureñas. No lanzaban bombas pero esa amenaza siempre era una posibilidad. Hacían sus fotografías desde gran altura, lejos de los cohetes sandinista y se iban. La población jalapeña vivía entre ruidos de morteros, granadas y fusilería que se intercambiaban los contendientes desde las trincheras.

Visité la galería de héroes y mártires de Jalapa, donde vi unas trescientas fotografías de otros tantos muertos. En esos días se vivía intensamente el impacto de los últimos tres muertos caídos hacía sólo 48 horas. El local era una mezcla de ambiente sacro y cuartelillo de milicias. Madres de combatientes se turnaban en el cuidado del local, de su orden y limpieza.

Fui temprano a dormir a una pensión, bastante cansado. Avanzada la noche una gran balacera me despertó. El ruido era infernal. La primera ráfaga creí que era un sueño, a la segunda me levanté. Escudriñé la calle desde una rendija de la habitación y me di cuenta que una metralleta tableteaba a escasos metros de la pensión. Lo peor de todo

era mi ignorancia de lo que estaba pasando en términos de importancia real para mi seguridad. Podía ser grave o algo habitual por las noches. Salí de la habitación por una puerta que daba a un patio interior. La luz de la luna alumbraba fuerte y me deslicé hasta la habitación donde dormía la dueña de la pensión. Toqué su puerta por dos veces y le pregunté: ¿qué pasó doñita? ¿qué pasó con la balacera? Como no obtuve respuesta me volví a la habitación y me tumbé vestido en la cama. La balacera dejó de oírse. Quedé finalmente dormido. Pero me puse en pie nada más amanecer pues quería visitar Teotecacinte, un pequeño pueblo situado a sólo dos mil metros de la frontera y donde las trincheras estaban tan cerca que los tiradores podían intercambiar palabras y sobre todo insultos. Sin embargo mi primera urgencia fue localizar a la dueña de la pensión y preguntarle por la balacera. Su respuesta me dejó perplejo: "Fue un compa (sandinista) que bebió mucho guaro (ron) y se puso bolo (borracho) y empezó a disparar hasta que los vigilantes lo pararon. Más sorprendido quedé cuando la mujer añadió: "No hay derecho, con lo que cuestan las balas". Yo le pregunté ¿por qué no me contestó en la noche? y me dijo muy tranquila "nunca se sabe lo que puede pasar, lo mejor es el silencio". Durante el desayuno alguien trajo la noticia que el soldado había pasado seis meses en las trincheras y en el primer permiso se pasó de alcohol.

En el mercado de Jalapa me subí en una heroica camioneta que se dirigía a Teote, que es el nombre popular de Teotecacinte. En el pueblo vivían unas 1.500 personas, compartiendo sus vidas con unidades del ejército popular sandinista. Había soldados de batallones regulares, otros de unidades de contraguerrilla, otros de exploradores, otros de artillería. Y unidades de milicianos que son civiles que dan una parte de su tiempo a defender la revolución. Toda la zona estaba militarizada.

Teote se levanta en una pequeña llanura al final de la cual se elevan los primeros cerros hondureños en cuyas faldas la contra tenía plantados nidos de ametralladora y morteros. Sus pozos de tiradores dominaban un espacio

grande la llanura. Yo me fui al puesto de mando sandinista donde me atendió un teniente. Me presenté como periodista y el hombre, algo extrañado por mi presencia, me atendió muy amablemente. Me asignó a un soldado a modo de guía mientras estuviera en Teote. De ese modo se aseguraba que yo no hiciera tonterías.

Las trincheras y estaban situadas a unas trescientos metros unas de otras. Los contendientes podían verse e insultarse. ¡Pericuacos! gritaban los somocistas y los sandinistas respondían ¡pendejos! Vi algún refugio dotado de luz eléctrica, con letrina, desagües, respiraderos y literas para heridos. Algunos refugios tenían su acceso en forma de ele para blindar mejor su protección. Tras la visita guiada me despedí del teniente. El militar paró un vehículo del ejército y me ofreció regresar a Jalapa. Llegamos al atardecer. Me pareció, bajo la luz rojiza de esa hora, como un pueblo del Oeste. Luego de ducharme y de cenar entré en un cafetín, afuera llovía. Radio Jalapa comenzó entonces a emitir por unos grandes altavoces colocados en postes a treinta metros de altura. Los locutores arremeten duramente contra los somocistas que se esconden en los cerros. Ponen canciones revolucionarias. Al día siguiente volví a Managua.

Nunca había estado tan cerca de una guerra. Pero lo cierto es que hubo algo que me impresionó más que los ruidos de las armas: la serenidad de la gente.

Único fundador vivo del FSLN

Mi primer viaje fue fructífero. Antes de salir de viaje para el norte había solicitado una entrevista con el comandante de la revolución y único fundador todavía vivo del FSLN, Tomás Borge. Y cuando volví a la casa de la Rotonda de los Cocos me encontré con una nota en la que se me comunicaba que me había sido concedida.

Me recibió en una de las oficinas del Ministerio del Interior. Sus protectores me cachearon y revisaron mi mochila. Fue entonces que se me presentó Daniel Alegría, hijo de la poetisa Claribel Alegría, de origen salvadoreño, nicaragüense de adopción y que pasa temporadas en

Mallorca. Me dijo quién era y quedamos en vernos algún día tomando unas cervezas. Enseguida me pasaron a donde me esperaba Tomás Borge.

Le hice una entrevista que terminé publicando en un libro. De estatura pequeña, verbo fácil, y ademanes de mando, Borge era toda una institución en Nicaragua. Luchador contra el somocismo desde muy joven, siempre perseguido, torturado y encarcelado, llevaba consigo la aureola de ser el único fundador vivo y un gran orador. Sabía modular el ritmo de sus discursos, adornándolos con frases y palabras poéticas, haciendo las delicias de los oyentes. Era por así decirlo el héroe de las plazas, muy por encima de todos los demás comandantes.

Le hice muchas preguntas y en todo momento me respondió con largueza. Puso mucho énfasis en la idea de soberanía nacional y también en la de construir seres humanos nuevos, siguiendo las reflexiones del Che Guevara. Me dijo estar enemistado con el individualismo y haber renunciado a la soledad, pues su propósito era estar siempre con el pueblo, con la gente. Su idea de que la mujer y el hombre nuevo nacen entre masas desorganizadas me llamó la atención. En esa misma línea era contrario a crear un pueblo obediente que nunca fuera víctima de consignas elaboradas mecánicamente. Al oír este tipo de reflexiones pensé que me encontraba ante un filósofo, un combatiente humanista, un hombre lúcido.

Tomás Borge me miró como sabía mirar a sus interlocutores para ganárselos y me dijo que el centralismo, las decisiones rápidas, los mecanismos de defensa convertidos en necesidades en una etapa del desarrollo revolucionario pueden llegar a ser una traba al desarrollo revolucionario. Este tipo de afirmaciones era difícil escuchar de los otros ocho comandantes que junto con él formaban el directorio de la revolución. Era un alumno aventajado de la literatura latinoamericana y eso le daba un dominio del lenguaje que siempre llamaba la atención de las gentes solidarias que, literalmente, le tenían devoción.

Ahora bien, teniendo en cuenta cuál sería el curso posterior de su vida una vez que el FSLN perdiera las elecciones el 25 de febrero de 1990, merece la pena recordar como durante la entrevista se lamentó de que los dirigentes no pudieran vivir en casas modestas y pequeñas por razones de seguridad, al tiempo que reivindicaba modestia, no hacer patrimonio y sueldos como los de un técnico.

En años posteriores tuve nuevos contactos con él. Conocí su gran contradicción de la que hablaré más adelante.

Periodismo de catacumbas

En Managua reanudé mis largos paseos bajo un sol brillante y justiciero. Por todas partes de la ciudad, principalmente en semáforos y mercados estaban los vendedores de periódicos, decenas de niñas y niños descalzos, con sus ojos negros y redondos, ofreciendo el Nuevo Diario, el Barricada y La Prensa. Los dos primeros voceros de la revolución y el tercero propiedad de la opositora familia Chamorro. En aquellos primeros años de los ochenta lo cierto es que la libertad de prensa era en Nicaragua una realidad. Nadie puede decir que el sandinismo en el poder cerrara un medio de comunicación, bien a pesar de que una gran cantidad de radios permanecían en manos de opositores. Los diarios de tamaño gigante, además del hándicap de su tamaño bastante inmanejable tenían la característica de repartir una misma noticia en dos o más páginas, lo que hacía aún más difícil su lectura. Años después pude comprobar que el estilo de la prensa nicaragüense no había sufrido variaciones.

La historia de La Prensa, diario de la oposición al sandinismo es interesante. En los años setenta era profundamente antisomocista y llegó a dar su apoyo al grupo de Los Doce que se creó en Costa Rica para organizar el derrocamiento del dictador Anastasio Somoza, con el concurso decisivo de la resistencia armada del Frente Sandinista. Los Doce planteaban un diálogo nacional para una transición al postsomocismo, pero esta alternativa quedó cerrada cuando el 10 de enero de 1978 fue

asesinado por el régimen el director del diario La Prensa, Doctor Pedro Joaquín Chamorro Cardenal. Su muerte fue el detonante de un despertar nacional que movilizó a las clases populares pero también a las clases medias. Inmediatamente se dieron los primeros choques violentos en las calles, sobre todo porque la Guardia Nacional fue movilizada para reprimir las protestas. Los manifestantes quemaron algunas propiedades de los somocistas. La vela y el entierro del gran periodista fue el preludio de la insurrección.

La Prensa y su director Pedro Joaquín Chamorro Cardenal eran liberales y demócratas. Estaban sinceramente contra el somocismo. En ese entonces sin asumir las posiciones revolucionarias, La Prensa difundía sus luchas, desafiando a la censura y diferentes formas de represión. Lejos de acatar las órdenes de la dictadura informaba con largueza. Otra cosa es que después del primer año de gobierno sandinista el diario se distanció de la revolución nicaragüense al considerar que se había desviado de los postulados iniciales y desplazado hacia el socialismo real.

El asesinato de Pedro Joaquín golpeó duramente al poco crédito que le quedaba a la dictadura, algo que fue tomando mayor dimensión por los paros y huelgas de los medios de comunicación que fueron radicalizando su oposición. También el régimen radicalizó la represión, la censura se hizo más estrecha y las amenazas a periodistas se extendieron. Incluso así los noticieros radiales procuraban informar a la ciudadanía, incluida Radio Corporación, una emisora conservadora de la Iglesia Católica.

En este contexto, a finales de enero de 1978, el gremio organizó el llamado Periodismo de Catacumbas, una experiencia en la que participaron redactores, fotógrafos, directores, corresponsales, formando de este modo las primeras barricadas de papel. Fue una verdadera hazaña del gremio al desafiar a una represión sin medida. Probablemente nunca como entonces el periodismo nacional ha sido tan brillante y tan fiel a su labor

informativa. Los medios antisomocistas facilitaron el cemento de unidad y disposición a la lucha de la población.

El Periodismo de Catacumbas fue ágil, vivo, innovador, capaz de crear un lenguaje nuevo. La experiencia duró pocas semanas pero marcó un antes y un después. En esa experiencia cayeron asesinados algunos periodistas, vinculados por cierto al FSLN, tales como Walter Mendoza, Aura Ortiz y Alvaro Montoya. A finales de ese año 1978 comenzó a emitir Radio Sandino en onda corta.

Sirva este pequeño recuerdo para recuperar lo que La Prensa fue y lo que el periodismo nacional, con su determinación contribuyó al derrocamiento de Somoza.

Como he citado El Nuevo Diario y Barricada eran los dos periódicos del sandinismo en el poder. Barricada era la voz oficial del Frente Sandinista y lo controlaba el poderoso comandante Bayardo Arce. Nuevo Diario lo dirigía un hijo del asesinado Chamorro, también de nombre Pedro Joaquín. Y es que la familia Chamorro estaba dividida como tantas familias en Nicaragua. Ambos diarios tenían pocas páginas, pues el papel escaseaba en un país con poca capacidad de importación de insumos. Los dos medios eran vehementes en sus llamadas a la resistencia frente a la contrarrevolución, y cumplían bien su papel de informar.

Es importante poner énfasis en que La Prensa salía todos los días, y los medios radiales constituían un mapa diverso, sin que el gobierno sandinista impidiera el funcionamiento de la oposición. Es verdad que había una línea roja que lejos de ser un baldón creo que era expresión de la decencia nacional: no estaba permitido hacer apología de la Contra, de la contrarrevolución que estaba asesinando en las zonas rurales. Pero en el plano de las ideas y opiniones no había mayor problema.

Había asimismo revistas de opinión. Yo trabajé desde finales de 1986 y en el año 1987, en la revista Pensamiento Propio que era propiedad de los jesuitas y órgano de CRIES, un centro de investigación regional en el que trabajaban hombres y mujeres nacionales y extranjeros,

todos ellos especialistas. La revista era de opinión y de investigación. Es verdad que Bayardo Arce se las arreglaba para saber de antemano que saldría publicado en cada número, pero salvo algún artículo retirado por prudencia – el país estaba en guerra- no tuvimos mayores problemas.

Unas palabras sobre el fenómeno de las radios en Nicaragua. Por entonces había 18 en frecuencia modulada y otras tantas en onda media. La Nicaragua campesina escuchaba entonces como ahora la radio con devoción. A la gente del campo le gustan las rancheras «porque son amorosas» me lo han dicho muchas veces. Todas las corrientes ideológicas tenían emisoras: los sandinistas, la derecha moderada, la derecha radical, la Iglesia católica, evangelista, morava, el gobierno. Radio Sandino, La Primerísima y Radio Ya, eran y son radicalmente sandinistas y apoyan al gobierno de Daniel Ortega, al de los ochenta y al de ahora. Radio Corporación era la voz de la derecha más extrema del país. Radio Católica combinaba su apoyo a los liberales más conservadores con rezos diarios del santo rosario a las seis en punto de la tarde. Había emisoras que emitían sólo música, como es el caso de Radio Paz. Otras dedicaban sus esfuerzos al público campesino con programas adaptados a su cultura. Luego estaban un par de emisoras de la contrarrevolución que emitían en onda corta desde Honduras y desde Costa Rica, ambas hacían invariablemente propaganda de sus actividades criminales.

La Cultura Popular como resistencia

En mi primer viaje a Nicaragua comprobé la importancia de la cultura en la transmisión del sandinismo como ideología y proyecto político, particularmente la música y la literatura. En mis muchos viajes posteriores a Nicaragua fui extendiendo mi conocimiento de la música popular nicaragüense y me hice lector de numerosas obra de testimonio muchas y de ensayos algunas. El canto fue una forma de lucha en plena dictadura y así hizo su aparición pública-clandestina *Guitarra Armada*, de Carlos y Luis Enrique Mejía Godoy, álbum confeccionado por orientación

del Frente Sandinista y que enseñaba a utilizar el fusil y fabricar explosivos caseros. Antes, las emisoras comerciales de todo el mundo difundían *Quincho Barrilete*, la canción con que Carlos Mejía Godoy ganó el festival de la OTI en 1977. Fue importante esa victoria porque los Mejía Godoy representaban ya la lucha contra la dictadura. Las canciones *Flor de Pino* y *Son tus perjumenes mujer*, recorrieron el mundo y pusieron a Nicaragua en el mapa.

Las canciones de los hermanos Mejía Godoy, Luis Enrique como cantautor y Carlos con su grupo los de Palacaguina, impulsaron un sentimiento colectivo, cultivando una música eminentemente popular, enraizada en el lenguaje en las raíces culturales de las mayorías sociales. Desde luego la *Misa Campesina* fue una obra monumental que fortaleció el enganche del mundo del cristianismo comprometido con el Frente Sandinista. Su impacto fue emocional pero también como mensaje que rompía con la sumisión a la jerarquía e invitaba a seguir los pasos del Jesús de los pobres a través de un nuevo evangelio. La *Misa Campesina* construye y recrea a Jesucristo naciendo en el seno de los oprimidos. Lo cierto es que el somocismo se ensañó con los autores de la *Misa Campesina* y prohibió que fuera cantada en público al comprender que su mensaje liberador invitaba a la rebelión contra la dictadura. Escuché la *Misa Campesina* en el barrio Rigüero una mañana de domingo y pocos años más tarde, en 1987, la volví a escuchar esta vez acompañado de mi compañera Marivi, en la misma iglesia. En las dos ocasiones el oficiante fue el padre Uriel Molina Oliú, un franciscano muy comprometido con el sandinismo de base.

El canto testimonial, muy extendido en Nicaragua, tuvo en el Grupo Pancasán a unos genuinos representantes. El nombre de este grupo de trovadores ye era una vindicación de la gesta guerrillera del sandinismo en el año 1967, en las montañas del norte del país, en un contexto en que la oposición burguesa trato de dar un golpe de estado a Somoza, lo que trajo como consecuencia el martirio de centenares de nicaragüenses.

Tras la victoria del pueblo sobre el dictador que hubo de huir derrocado, siendo posteriormente ejecutado en la ciudad de Asunción, capital de Paraguay, surgieron muchos grupos y cantautores por todo el país. Recuerdo a Norma Helena Gadea y su magnífica canción *No pasarán*, a los hermanos Cardenal y al dúo Guardabarranco, al trío Los Girasoles y sus canciones dedicadas a Managua, estaban los grupos de la Costa Atlántica, con su música puro Caribe. Un cancionero gigante estaba en las gargantas de los nicaragüenses, pero también de las mujeres y hombres solidarios llegados de todas las partes del mundo. Cantábamos en los conciertos, pero también en los viajes por el país, en las reuniones, en las misas, en todas partes sonaban aquellas canciones creadas con mucho sentimiento, amor patriótico y buena poesía. La música popular y de testimonio se imponía en los años ochenta a la música disco.

En el campo de la literatura la organización de la resistencia a un régimen embrutecido, ya venía de lejos. En 1959 surgió el Frente Ventana, en el marco de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, con una clara vocación política agrupaba a poetas, novelistas y cuentistas del país. El gran escritor Sergio Ramírez Mercado fue uno de sus fundadores, quien dedicó mucho esfuerzo a rescatar el pensamiento de Sandino, recopilando escritos y testimonios de sobrevivientes. Así es como bajo el amparo de la Editorial Universitaria Centroamericana se publicó en 1974 *El Pensamiento Vivo de Sandino*. De la mano de esta obra pudo extenderse por el país el conocimiento de su héroe nacional asesinado por orden del padre del dictador del momento. El citado Sergio Ramírez, junto al también escritor Fernando Gordillo, se comprometieron con el sandinismo organizado en la década de los setenta como FSLN, desde la primera hora. En el mismo año 1974 surgió el Grupo Gradadas con una identificación más estrecha con el sandinismo, y agrupando además de literatos a pintores, escultores, músicos, actores y actrices, periodistas y gentes de otros oficios.

Desde muchos años atrás la literatura y el arte estuvieron en Nicaragua fuertemente vinculados a la misión libertaria. Destaca en este mismo sentido la obra del padre Ernesto Cardenal, monje trapense nacido el 20 de enero de 1925 en la ciudad de Granada, siempre ha tenido su casa principal en las islas de Solentiname ubicadas en el grandioso lago Cocibolca, donde escribió *El Evangelio de Solentiname*. Autor de poesía revolucionaria sus obras se editaban en México. Tras el derrocamiento de Somoza sería nombrado Ministro de Cultura y desde ese puesto impulsó la poesía popular mediante talleres, incluso dentro del ejército y la policía, editando folletos de una poesía a veces ingenua pero siempre entrañable. Ernesto Cardenal es creador de obras poéticas monumentales celebradas mundialmente, como *Canto Cósmico*. Mil veces premiado su poesía ha sido traducida a muchos idiomas y sigue representando a la Nicaragua que bebe de las fuentes populares.

En mi biblioteca tengo muchas obras de la época de la dictadura. Destaco *Trágame tierra* (1969) de Lizandro Chávez, por su encaje con la nueva narrativa latinoamericana y al estar inspirada en el nacionalismo y antiimperialismo de Sandino.

En la Nicaragua que conocí por primera vez en 1984 las obras de testimonio ya abundaban. Con el paso de los años este género alcanzó grandes éxitos dentro y fuera del país. La espléndida escritora Gioconda Belli publicó en 1988, *La mujer habitada*, una obra del realismo mágico, vital, que cuenta la insurrección de las mujeres tradicionales que pasan a formar parte activa de los procesos y acontecimientos que transforman el país. Obra premiada en Alemania fue traducida a numerosos idiomas. Gioconda Belli, enorme poetisa, ya había publicado para entonces una colección de poemas en *Línea de fuego* (1978) premio Casa de las Américas, *Truenos y arcos iris* (1984), *Amor insurrecto* (1984). Años después ha publicado *Sofía de los presagios* (1990), *Waslala* (1996), *El ojo de la mujer* (2001), *El país bajo mi piel* (2001) *El infinito de la palma de la mano* (2008) Y sigue publicando.

Gioconda Belli se distanció del sandinismo oficial, en desacuerdo con la *piñata* que repartió bienes del Estado entre dirigentes del FSLN cuando éste perdió las elecciones de 1990 ante la oposición que lideró Violeta Chamorro, asunto este del que me ocuparé más adelante.

En la Nicaragua de la revolución, Sergio Ramírez siguió publicando. Nada como *Castigo Divino* (1988), para mi gusto la mejor novela de la historia nacional. La trama de intriga se basa en hechos reales ocurridos en la ciudad de León en los años treinta del siglo XX. Ramírez retoma los acontecimientos y construye una novela de ambiente provinciano, con personajes únicos. Ficción y realidad se fusionan con tal habilidad que lector o lectora no puede diferenciar lo uno de lo otro. Un trasfondo político envuelve a los envenenamientos de estricnina que sacuden la ciudad. Otras obras ya clásicas de Ramírez, *Tiempo de fulgor* (1970), *De tropeles y tropelías* (1971), *Te dio miedo la sangre* (1982) *Balcanes y volcanes* (1983). Ya como escritor desvinculado de una militancia partidista ha publicado una gran cantidad de libros, entre ellos *Catalina y Catalina* (2001), *Sombras nada más* (2002), *Mil y una Muertes* (2004), *La fugitiva* (2007), *El cielo llora por mí* (2008), *Cuando todos hablamos* (2008), la obra más reciente *Sara* (2015) y otros varios. *Margarita, está linda la mar lo escribió en 1998. En este último trabajo Sergio Ramírez conecta dos momentos claves en la historia de Nicaragua: el regreso de Rubén Darío a su Nicaragua natal en 1916 y el asesinato de Anastasio Somoza a manos del poeta Rigoberto López Pérez unos cuarenta años después. Su narrativa transcurre saltando temática y cronológicamente entre los dos períodos y presenta a las dos figuras legendarias como seres de carne y hueso. Al mismo tiempo que desmitifica, a veces de manera grotesca, a Darío y a Somoza, Ramírez condensa la historia de Nicaragua de la primera mitad del siglo XX mediante una narrativa que borra los límites entre la ficción y la historia. Sergio Ramírez es uno de los grandes escritores en lengua castellana,*

A mí me impactó especialmente *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982) del comandante guerrillero Omar Cabezas. Obtuvo el premio Casa de las Américas, en el que el guerrillero narra sus vivencias como estudiante de derecho y luego en la montaña. Esta obra se hizo muy popular en Nicaragua y en los ambientes solidarios de todo el mundo. La narración destaca la dimensión moral de quienes se echaron al monte para combatir a la dictadura, dejando familia, estudios y trabajos. La épica preside toda la obra en la que el autor se muestra cautivado por el guerrillero Henry Ruiz (su seudónimo era Modesto) enmontañado hacía ya tiempo en el norte del país y al que trata de imitar siguiendo sus huellas. Unos años más tarde Omar Cabezas publicó *Canción de amor para los hombres* (1988), obra que era la segunda parte de la anterior, aunque no tuvo tanto éxito.

Por su parte el poderoso comandante y Ministro del Interior publicó *La paciente impaciencia* (1989) en la que cuenta su historia de vida desde su nacimiento en Matagalpa. El texto de Tomás Borge contaba con el hermoso precedente de *La montaña* de Omar Cabezas, y alcanzó también gran éxito gracias a la importancia y fama del escritor como dirigente revolucionario, y a su atractiva prosa. Borge cuenta su vida, una historia revolucionaria que lo llevó a ser uno de los fundadores del FSLN, siendo uno de los prisioneros liberados a consecuencia de la toma del Palacio Nacional por una unidad guerrillera comandada por Edén Pastora. El ministro del interior, ya después de que el sandinismo fuera desalojado del poder en 1990, publicó el volumen de poesía *La ceremonia esperada* (1990), en cuya difusión en el estado español contribuí directamente como más adelante explicaré. Es una obra rara y preciosa, prologada por el gran escritor nicaragüense José Coronel Urtecho que, por cierto nunca fue de izquierdas pero sí defensor de la soberanía nacional.

El poeta Martínez Rivas, un verso libre, un espíritu indisciplinado, maravilloso en su escritura, tuvo durante la década de los años ochenta sus oportunidades para publicar, lo que no tuvo durante la dictadura. Se publicaron

obras breves de Leonel Rugama, un héroe de la revolución urbana que desafió a las tanquetas de la Guardia Nacional, *La tierra es un satélite de la luna* (1978).

Lo cierto es que la literatura publicada durante la época de gobierno sandinista ayudó mucho a construir un imaginario y unos valores colectivos, Mujeres como Rosario Murillo publicó *Amar es combatir*, Michele Najlis, Milagros Palma, Claribel Alegría, publicaron poemas y ensayos de interés nacional.

Un regreso para quedarnos

A finales de 1986 volví a Nicaragua, esta vez con mi compañera Mariví, con la intención de quedarnos un año. Yo tenía convenido un puesto de trabajo en la revista Pensamiento Propio del instituto CRIES. Había pasado casi tres años desde mi primera visita. La ciudad que ahora veía era una cartografía de túmulos rojinegros con pequeñas placas o toscos bustos de cemento en honor de los entregados, hombres y mujeres, sacrificados en el altar de sus ideales, vidas que vieron truncadas sus aspiraciones de una situación personal más digna en nombre del sacrificio final por el bienestar colectivo, una vez que la palabra pueblo se había hecho carne y el talante prometeico era la forma de vivir y de morir de millares de jóvenes. Todos los barrios de la ciudad, desde San Judas hasta El Edén, desde la colonia Centroamérica hasta Linda Vista, e incluso los de la burguesía como Los Robles, Altamira y Las Colinas, tenían sus propios santos, aquellos que habían seguido los principios morales de Leonel Rugama, ex seminarista y mártir que había dejado escrito: «La entrega total de nuestra vida orientada a la liberación del pueblo representa nuestra muerte, pero con ella estamos dando vida». Rugama lanzó un lema legendario en 1969 «Ahora vamos a vivir como los santos» y él lo hizo hasta el final, su final, baleado en el barrio El Edén, en una humilde casa de seguridad del Frente Sandinista hecha añicos por las tanquetas Sherman de la Guardia Nacional. Cuando lo llamaron desde un megáfono a rendirse respondió con un grito que pronto se haría consigna

popular: ¡Que se rinda tu madre! En 1986 Managua honraba a los muertos que seguían llegando de las montañas y formaba ya un mapa urbano de velatorios diarios, aumentando el número de estelas la mayoría con fotografías de los fallecidos en actitud sonriente. Aparecían sus fotos en los periódicos, confirmando definitivamente sus ausencias y revelando que a pesar de poseer la fuerza de la razón no eran indestructibles.

Observamos que el paisaje de la capital estaba ahora cubierto de mantas y afiches revolucionarios. Por todas partes podíamos leer consignas, lemas y llamamientos a la defensa nacional. La guerra seguía su curso, endurecida, y la batalla de las ideas estaba en Managua en el primer plano. Era necesario unir las voluntades de los nicaragüenses y arropar a las familias que estaban perdiendo hijos e hijas, hermanos y hermanas. Las pancartas y carteles jugaban un papel galvanizador social, en un momento crítico para el país. Eran en palabras del escritor Sergio Ramírez, ventanas para asomarse a una revolución. Eran obra de creadores, profesionales unos, aficionados otros, conectados en todo caso a los sentimientos de la gente, de manera que sabían llegar racional y emocionalmente a la ciudadanía.

Los afiches y carteles pasaron a tener un valor social y artístico a la vez. Allí donde hasta el derrocamiento de Somoza habían sido soportes para anunciar cervezas y rones, emergían como herramientas para la concientización y la movilización. En el mismo día de nuestra llegada, en noviembre de 1986, bajando a del aeropuerto a Managua por la carretera norte, vimos un enorme cartelón con la imagen del gigante norteamericano Hasenfus, caminando con las manos atadas con un mecate, conducido por un soldado del Ejército Popular Sandinista que tiraba del extremo de la cuerda. Era el único sobreviviente de un avión de carga C-123 derribado por tres reclutas en las selvas del departamento de San Juan, fronterizo con Costa Rica, cuando se disponía a lanzar provisiones al ejército de la contrarrevolución. Era una prueba más de la intervención norteamericana en la guerra contra el sandinismo. En esa

fotografía que recorrió el mundo, el soldadito Raúl Acevedo representaba el orgullo de millones de nicaragüenses.

El despliegue gráfico de la revolución sandinista cultivaba una mística que era fusión del mensaje sandinista y de una bella gesta universal: David contra Goliat.

Esa fe en el triunfo dotada de una disposición al sacrificio final ya la había detectado con toda su fuerza en mi primer viaje en enero de 1984. En la pequeña camioneta, dejando atrás Teote pensé en la entrega y en la tragedia de su población. ¿De dónde venía la fuerza espiritual de toda una comunidad? En realidad eso mismo ocurría a lo largo de toda la frontera con Honduras, en las riberas del Río Coco. Se trataba de eso, de ir más allá, de romper los límites, en la compañía necesaria e impuesta de los disparos y la soledad de la muerte. Muchos nicaragüenses estaban en disposición de sacrificarse en el altar de las ideologías. Antiimperialismo, nacionalismo, socialismo, eran las vetas de una misma mina de la que se extraía la fuerza interior para resistir en una guerra tan desigual. Como la izquierda universal, millares de mujeres y de hombres de un pequeño y pobre país, muchos de ellos sin haberlo pensado, compartían ese espíritu moderno heroico e ilustrado que tenía como características la fe en el futuro y en el progreso, la creencia en las grandes causas, el gran relato de la nueva sociedad, los grandes sujetos sociales, el sentido de pertenencia a grandes grupos destinados a la más importante misión, unos valores universales y armoniosos.

Toda la literatura de la década revolucionaria era, como ya he señalado, épica e invitaba al riesgo mientras desplegaba el confort espiritual propio de quienes creen actuar a favor de la corriente. Por eso mismo no era un tiempo propicio para la inquietud intelectual sino para las verdades sencillas alejadas de lo complejo. Y en ese escenario la mayor verdad era el ejemplo del Che. Lo veías por todas partes, en banderas y pancartas que en Nicaragua se dicen mantas, en camisetas de todos los colores, cientos de muchachos y muchachas lo imitaban luciendo boinas con

una estrellita roja. El Che era la pureza, el compromiso extremo contra la pobreza, era una visión moral del mundo con un costado de monje en acertada definición de Eduardo Galeano. La dimensión pasional y racional, en virtud de las cuales miles de hombres y mujeres habían muerto y otros tantos miles estaban dispuestos a morir era el tema central de la literatura, de las canciones y de los poemas, de los gritos que recorrían Nicaragua y de manera más enfática Managua y ciudades como León y Estelí.

La entrega hasta el final era precisamente un componente de las luchas contra Somoza y en defensa de la revolución después, en las que la muerte no era siempre la peor de las alternativas personales. Era más importante el juicio de la historia y el premio final para todo un pueblo. Este comportamiento puede ser objeto de un juicio severo desde el humanismo no tanto por lo que tiene de actitud de relativismo hacia la propia vida —que no deja de ser una elección legítima—, sino por cuanto dicha actitud estaba basada en una visión que disolvía al individuo y lo hacía prisionero de la historia; pero puede ser asimismo comprendido en la medida en que la historia de las revoluciones triunfantes es un gran contenedor de vidas sacrificadas.

La lista de los entregados, hombres y mujeres, a la causa revolucionaria respondió casi siempre a vocaciones surgidas de una visión desagarrada de la miseria que posteriormente abrazaron la ideología marxista, sin apenas haber leído a Marx. En otros casos visión social e ideología hicieron un recorrido simultáneo. Sea como fuere, la pasión gobernó conductas de intelectuales, sindicalistas, guerrilleros, artistas, campesinos. Pasiones enlazadas con una concepción holística de su propia misión en la tierra y una fe ciega en un socialismo puro, hasta entonces no inventado. Fe ciega en un socialismo inevitable, como una construcción utópica que hunde sus raíces en el mito del advenimiento del paraíso terrenal. El sandinismo era la representación del himno de Eugenio Pottier, *La Internacional*: una promesa de que finalmente la catástrofe de la lucha final será fructífera y la felicidad será el premio

para todos. Las raíces humanas de esta opción están claras: es la unión con los sufrientes.

Teología de la liberación

En la revolución se comprometieron muchos cristianos. La brecha histórica entre marxistas y creyentes quedaba anulada para alarma de la jerarquía de una iglesia católica que nunca aceptó el cambio de sociedad de que era portador el sandinismo. El Centro Ecuménico Antonio Valdivieso que dirigía el padre Uriel Molina, junto a la laguna de Tiscapa, era la fuente de un evangelio renovado que nutría a millares de mujeres y hombres que exploraban y vivían la teología de la liberación. CRIES y la Universidad Centroamericana eran los cuarteles de los jesuitas, centrados en una reflexión multidisciplinar que abarcaba desde la economía al estudio de la democracia y la planificación de cualquier línea productiva. Las iglesias de numerosos barrios y pueblos eran el foco de una nueva catequesis animado por las misas campesinas. Sacerdotes y monjas servían su apostolado en las fronteras agrícolas y en las selvas, pagando por ello una cuota de sangre que como argamasa unía aún más a las bases populares sandinistas. En realidad, esta unión era casi lógica. La visión de la pobreza y la misión de redimirla mediante la entrega total era para unos y otros un curso trascendente y jubiloso que corregía la historia en un sentido kantiano, de perfección humana.

Marxistas y creyentes aceptaban la tragedia como un hecho asociado a la comprensión de que determinados bienes se alcanzan a través del mal necesario. La guerra lo era. Por el contrario, la renuncia al mal, la rendición frente al imperio, era la pasividad, la renuncia a aquel bien que sólo el mal menor puede procurar. En mi gira por el norte en 1984 había visto a innumerables milicianos, mujeres y hombres, portando crucifijos colgados de sus cuellos, exteriorizándolos como una forma de identidad militante; eran a su manera apóstoles armados de una buena nueva. Recuerdo que me impresionó el testimonio de Zela Díaz de Porras, mujer cristiana y presidenta del Tribunal de Apelaciones cuando dijo: «Quiero contarle algo que fue bien

importante para nosotros —se refiere a ella y a su marido el doctor Alonso Porras—, un hecho que tal vez es mi dolor más grande de de madre. Fue el día final de la insurrección de septiembre de 1978, el día de la retirada. Los muchachos habían venido en la noche y nos habían dicho: <<Vamos a tratar de tomar el comando. Alisten para curar heridos, no tenemos municiones y hacemos esto o acaban con nosotros de todas maneras>>. En la madrugada oímos disparos y luego un bombardeo intenso todo el día. Al día siguiente se decía que todas las vegas del río estaban llenas de cadáveres. Los bomberos llegaban a pedir gasolina para quemarlos. Al parecer, las tropas de la Guardia Nacional somocista entraban con helicópteros por todas partes. Sabíamos con certeza que nuestro hijo estaba en ese lado y, seguramente, era uno de tantos cadáveres. Esta angustia mantenida durante tres días, esta incertidumbre, es de los dolores más grandes que he tenido en la vida. *Pero al mismo tiempo fue una cosa formidable, un dolor dulcísimo, es algo que todavía me conmueve cuando lo recuerdo*». La cursiva es mía. No obstante el hijo de Zela salió ileso. El mismo hijo al que años atrás le aconsejaron elegir entre ser médico con todos sus privilegios en una sociedad capitalista o ir a morir a la montaña como un desconocido.

Esa comunión de la vida y de la muerte entre marxistas y cristianos se reflejaba de igual modo entre los millares de internacionalistas que poblaban campos y ciudades. La vida y muerte del cura asturiano Gaspar García Laviana que luchó contra Somoza en el frente Sur era una guía de igual tamaño que lo había sido el padre Camilo Torres Restrepo en la Colombia de los años sesenta. La solidaridad es la ternura de los pueblos había escrito Gioconda Belli en *«Truenos y arco iris»*, pero aquel ejército de brigadistas llegados de todas partes era también un amante fiero dispuesto a jugársela. Se la jugaron muchos y algunos cayeron, como Ambrosio Mogorrón, un chico de Gallarta, enfermero, que quiso llevar su humanismo radical a las montañas del norte, y allí lo asesinaron los contras el 24 de mayo de 1986 cuando cumplía una jornada de vacunación infantil en la región de Jinotega. Mogorrón enjuto y

moreno, había llegado a Nicaragua en 1980 para unirse a la campaña de Alfabetización y cuando lo mataron en El Cuá estaba plenamente dedicado a combatir la leishmaniasis, la llamada lepra de montaña. Dedicación que le fue premiada en 1985 con la Orden José Benito Escobar. En su honor, los brigadistas del estado español pusimos su nombre a la humilde sede ubicada en el barrio 14 de Septiembre; él era nuestro mártir, el ejemplo a seguir, el jefe de nuestro equipo dispuesto a jugar el jaque mate en una tierra lejana a la nuestra a la que habíamos sido convocados para vivir intensamente un trozo de vida. Ambrosio fue asesinado al igual que una treintena de internacionalistas a los que no conocimos, pero todos ellos eran la lista de nuestro propio santoral.

Pensamiento Propio, Galeano, Borge

Llegué a trabajar a Pensamiento Propio porque Tere Codina, una mujer catalana comprometida con las causas populares de la región, me ofreció esa posibilidad. Me recibieron muy solidariamente y enseguida confiaron en mí y me fueron encargando textos para su publicación. La revista me abriría puertas muy interesantes como entrevistar a Eduardo Galeano, a Marta Harnecker, a Omar Cabezas, nuevamente a Tomas Borge y, sobre todo, me permitió conocer mejor la realidad del país. Además de nicaragüenses trabajaba un buen periodista norteamericano de nombre Kent. Había una muchacha haitiana cuyo nombre no recuerdo y más mujeres que hombres. La dirección la ejercía un vasco, Alfonso Dubois, que llegó a Nicaragua después de una notable estadía en Bolivia.

Pero sin duda el jefe supremo era el padre jesuita Xavier Gorostiaga, una potencia intelectual que lo hacía muy reconocido en toda la región desde México a Panamá. Gorostiaga, bizkaino, dirigía también el centro de investigación regional, CRIES. Era un hombre muy respetado por el FSLN y el Gobierno, con cuyos técnicos del área económica departía con frecuencia. Fue uno de los expertos que participó en las negociaciones de devolución del canal de Panamá al pueblo panameño.

La revista era una publicación muy seguida por clases medias sandinistas, miembros del partido y gentes de la solidaridad residentes o no en Nicaragua, ávidas de análisis sobre la realidad del país desde un enfoque que combinaba el apoyo a la revolución y la crítica. A la redacción llegaban visitas de otros grupos políticos centroamericanos y recuerdo muy bien la tarde que llegó el ahora secretario general del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, Medardo González acompañado del también comandante salvadoreño (de origen guatemalteco) Ricardo Gutiérrez con el que tenía una buena amistad. Desde ese año 1987 hasta el día de hoy he conservado una relación magnífica y cercana con Medardo. Ambos me esperaban a la salida del trabajo.

Mis vínculos con el FMLN dieron comienzo en esos años 1986-1987, donde empecé a ayudarles en algunos asuntos logísticos. En Managua paraban comandantes con los que establecí una relación política y de amistad. Eso me permitiría hacer un libro de entrevistas en colaboración con Marta Harnecker cuyo título era *Guerra en El Salvador (1989)*. Así es como conocí a Salvador Sánchez Cerén que era el comandante en jefe de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) con el seudónimo de "Leonel González", y también a Jesús "Chusón" Rojas Cardenal. De ello hablaré un poco más adelante.

Escribí algunas editoriales y algunos reportajes sobre realidades rurales del país. Para la revista entrevisté a Eduardo Galeano sobre la figura del Che Guevara, que luego publiqué en el pequeño libro *Querido Che* y que todavía es muy visitada en internet. A Galeano lo entreviste al alimón con Tomás Borge en la casa-finca de este último en el reparto Bello Horizonte de Managua. La casa había sido de un somocista y fue incautada por el Estado y puesta a disposición del Ministro del Interior por sus ventajas de seguridad.

Con el trasfondo de la Feria Internacional del Libro de Nicaragua, en el mes de julio de 1987, razón por la cual

Galeano estaba alojado en casa de Borge, me senté frente a los dos y las pregunté sobre el Che en el marco del veinte aniversario de la muerte del guerrillero argentino-cubano.

Acudí puntual a la cita. Vi a Eduardo en la puerta de entrada conversando con los miembros de la seguridad. “¿Cómo estás? entrá y sentate” fue su saludo al tiempo que me daba la mano. Me dejó un momento sentado en un jardincito y desde adentro de la casa me gritó “Mañana salgo para Montevideo”. Sentí unas leves pisadas por detrás, volví la cabeza al tiempo que una mano me tocaba el hombro y me encontré de frente con Tomás Borge. Eduardo Galeano, mago escritor de la trilogía *Memorias del Fuego*, antes de transmitir una idea o un sentimiento primero lo ve cerrando los ojos. Habla como escribe, con una precisión fuera de lo común, haciendo de cada una de sus frases un instante que invita a pensar. Tomás Borge, guerrillero y poeta, ambos juntos a mí, todo un lujo. El recuerdo de Che nos unía. Dos grandes personalidades de América y un periodista de poco recorrido, frente a frente.

De aquellas entrevistas publicadas en Pensamiento Propio y luego por una editorial de Madrid, guardo algunas frases redondas. Galeano dijo: “El Che le devuelve a la conciencia el valor protagonista que tiene en la historia humana” “Hasta en el asma era integral” “El Che dijo algo así como cuidado con la codicia, cuidado con las trampas de la codicia y, por eso, para burlarse firmaba Che en los billetes del Banco Nacional de Cuba” “Su concepción del hombre nuevo tenía en cierto sentido un costado de monje. El Che concebía la revolución como un camino de santos y eso es excesivo pero tiene un sustrato de verdad”. Son frases cada una de las cuales puede definir por sí misma el modo de pensar del Che Guevara. Nadie como Galeano para definir con pocas palabras su compleja personalidad. Unas semanas más tarde, recibí una carta suya fechada el 2 de agosto en Montevideo. En ella me pedía que trabajase la entrevista con delicadeza pues el personaje del Che le imponía mucho respeto. Por supuesto que lo hice. Su carta la tengo enmarcada como recuerdo.

Tomás Borge también era un cazador de palabras. Bebía de las fuentes literarias de América Latina y sabía construir buenas narraciones. Mirando a la grabadora dijo: “Cuando vi aquel cuerpo crucificado, ya muerto, me convulsioné por dentro. Tenía un rostro de vida, de burla hacia los explotadores, una sonrisa extraña. El economista, el guerrillero, el asmático, el espadachín de la palabra, el exigente, el dulce, el bello. Ernesto vive en toda América”. Dijo también algo que con el paso del tiempo no pudo sostener aplicado a sí mismo: “El poder que es tan tentador, que seduce, que atrae como un imán. El Che no iba en la búsqueda del poder, de la instalación personal, de la estructura de poder individual”.

En lo que ambos estuvieron muy de acuerdo es que en el Che la esperanza se cansa de esperar, y lo convierte un hombre impaciente, y actúa como anunciador de otros tiempos; se convierte en una especie de profeta de América.

Omar Cabezas y Marta Harnecker

El aniversario del Che me permitió conocer personalmente a Omar Cabezas, el protagonista de *La montaña es una inmensa estepa verde*, el hombre que saltó de la universidad de León donde era estudiante de derecho para buscar al mítico guerrillero enmontañado Henry Ruiz. Cuando atravesé la puerta de su oficina vi un gran periódico sostenido por dos manos con los brazos bastante extendidos. Él estaba detrás. Cuando le dije qué quería entrevistarle a propósito del Che, tardó diez segundos en decirme “¡Vámonos para mi casa!”.

Ya en la puerta, imprevisible, me pregunta: “¿Andás vehículo?”. Le señalo una vieja moto. “De a verga, vamos en moto” respondió. Le dije que era un poco imprudente que la moto no llevaba chunches para poner los pies en la parte trasera, que era un poco loco ir en esa moto que nos podía dejar botados en el camino. Pero él, divertido, sólo añadió: “Andá, arranca deprisa antes de que me vean los

compañeros de la escolta; si nos miran tendremos que ir en carro y hace quince años que no voy en moto”.

Al rato me vi llevando a la grupa de mi desvencijada Suzuki al comandante Omar Cabezas, un mito. Recuerdo que en las primeras páginas de su celebrado libro *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, siendo universitario, se repetía “quiero ser como el Che” “ser como el Che”. Ya en su casa ubicada en Las Colinas, antes de comenzar la entrevista me confiesa: “Tengo que volver a la montaña y resolver algunas cuentas pendientes. Un día iré solo a conversar con ella. Los dos mano a mano”.

Le hice una primera pregunta y Omar Cabezas, de manera apasionada, empezó a hablar del Che como si todavía fuera el guerrillero que fue. Su identificación era total, mística. “Al haber pasado una vida guerrillera me siento como en comunión con la gesta del Che, creo que es algo distinto al que sólo ha leído sus escritos” y prosigue “a él que era un símbolo inalcanzable, lejano, lo siento como un hermano” Sin compararse con el Che en ningún aspecto Omar Cabezas si se presenta como un alumno aventajado y me cuenta las penurias que pasó, los sacrificios para sobrevivir en montañas agrestes perseguidos por la Guardia Nacional. Recuerdo que me habló de algo que me resultó curioso: “En la montaña se reduce el lenguaje de manera increíble. Hasta después del triunfo no me di cuenta que nosotros en la montaña usábamos como de 500 a 1.000 palabras, eran palabras primitivas, relacionadas con el medio. Después cuando bajé a la ciudad empiezas a ampliar poco a poco el lenguaje”.

En el marco de la Feria Internacional del Libro de 1987 conocí a Marta Harnecker. Fue providencial aquella feria. Después nos hemos encontrado en foros sociales en Porto Alegre y en Caracas y en los últimos años varias veces en El Salvador hemos compartido hotel y actividades. Cuando nos conocimos tenía su cuartel general en La Habana, estaba emparejada con Manuel Piñeiro “Barbaroja” jefe del Departamento América y uno de los hombres más cercanos a Fidel Castro. Falleció en un accidente de coche en La

Habana. Marta actualmente vive en Canadá desde donde viaja por toda América Latina, y puedo decir que trabaja afanosamente en los problemas de la planificación socialista.

Le propuse la idea de una entrevista sobre el Che y me pidió unos días. Luego supe que antes de reencontrarnos leyó una vez más al Che para tener fresca la memoria. Así es ella de meticulosa con sus trabajos. Centramos buena parte de la entrevista en los métodos de lucha. Marta señaló claramente que los métodos pacíficos o violentos son la resultante de la oposición del poder a democratizarse. Seguidamente reflexionó sobre el foquismo para decir que es falso el dilema entre foco o movilización de masas, pues ambos se necesitan en todo momento. La entrevista se alargó luego en temas de economía y planificación.

El librito *Querido Che* supongo que todavía puede encontrarse aun cuando su edición es de 1987.

Mujeres en la revolución

A Mariví le llamó la atención la gran cantidad de mujeres militares y policías que transitaban por Managua. Caminando, en buses y taxis, en camionetas militares, en postas delante de edificios públicos, en oficinas, en todos lados se veían mujeres uniformadas portando una pistola en la cintura. Había dos explicaciones: una era que ciertamente muchas mujeres participaban activamente de la revolución, y la otra es que ellas llevaban el peso de la administración del Ejército Popular Sandinista y de la policía, pues los hombres en buena parte eran destinados a los frentes de guerra.

En aquellos años de mediados de los ochenta puede decirse que el 30% de militantes del FSLN eran mujeres. En todo caso su peso en el partido y en el gobierno era decreciente. Había 6 ó 7 mujeres con cargo de ministra, viceministra o directora general. Su presencia era escasa en la dirección de las organizaciones sociales, aunque su participación era

grande en los Comités de Defensa Sandinista por la misma lógica del desplazamiento de los hombres a los combates. Pocas eran las mujeres con mando efectivo en el ejército y la policía y pocas tenían el rango de comandantas guerrilleras. Tres años antes yo había visto aún más mujeres uniformadas, lo que indica que según se alejaba el país de lo que fueron las insurrecciones y la victoria contra Somoza en julio de 1979, había como un regreso de las mujeres a la actividad doméstica o a sus centros de trabajo o de estudio.

Desde luego el machismo estaba muy presente, no existía en el FSLN un canal orgánico para abordar cuestiones relacionadas con la opresión de las mujeres, de forma que el cauce sandinista era AMNLAE (Asociación de la Mujer Nicaragüense Luisa Amanda Espinoza). Es un hecho que bastantes hombres y aún mujeres atadas a una cultura patriarcal veían con reservas a AMNLAE y manifestaban sus pocas simpatías.

Pero es verdad que con la revolución se abrieron espacios para los movimientos de mujeres y su participación en la esfera pública. Debates, ensayos, foros y reuniones fueron dando cauce a nuevas perspectivas sobre la realidad de género. De esos espacios irían naciendo nuevas organizaciones feministas independientes del partido y del estado. Ello a pesar de que prevalecía oficialmente la idea de que la emancipación de las mujeres vendría dada por su participación en la revolución, y desde este enfoque se encuadraba a AMNLAE como una organización de base más. Sus tareas y estructuras eran pues similares a las demás organizaciones llamadas de masas. Convivían dos realidades opuestas en continuo pulso: el recelo y los prejuicios sexistas y de otro lado el impulso de muchas mujeres por abrir cauces nuevos y presentar nuevas batallas contra el machismo. Por cierto que hubo muchas mujeres extranjeras apoyando un feminismo tan necesario como novedoso. Quiero nombrar a Clara Murguialday, feminista vasca, que siempre estuvo (y está) en la primera fila de una solidaridad feminista que terminó consolidando un movimiento que pervive.

La revolución, su propaganda oficial había destacado a la mujer-madre, la mujer abnegada capaz de los mayores auto-sacrificios, pero olvidaba los intereses y los derechos de las mujeres, de manera que se seguía alimentando una sociedad patriarcal.

Porque hay que decir que desde la primera hora en AMNLAE también encontraron un hueco mujeres feministas nicaragüenses que tuvieron que sortear las acusaciones simples y falsas de "divisionistas" cuando en realidad lo que hacían era combatir el machismo en sus múltiples expresiones y ser fieles a la idea esencial del sandinismo de que sin lucha no hay victoria. Estas feministas sandinistas fueron decisivas, junto con otras militantes de la solidaridad, a la hora de construir un liderazgo intelectual que las llevara a crear nuevas organizaciones distanciadas de las posiciones oficiales. Así como afloraron con fuerza ya en los años ochenta espacios de reconocimiento de los derechos específicos de las mujeres. De hecho, la Constitución de 1987 recogió la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Fue una pequeña victoria pero es verdad que la realidad social no era exactamente esa.

Cuando regresé a Nicaragua en años siguientes encontré un mosaico de organizaciones feministas de mucho peso intelectual y liderazgo político y moral. Ellas proponían encarar las contradicciones y no esconderlas, dar batallas contra toda expresión del machismo y con contemporizar. Temas que habían sido tabú dentro del FSLN, como la violencia de género, la sexualidad y la responsabilidad de cada mujer sobre su cuerpo, el aborto, el trabajo doméstico, las desigualdades y la discriminación, eran temas que estaban ya para quedarse en Nicaragua gracias a las organizaciones feministas. María Teresa Blandón por citar una nicaragüense entre muchas y Clara Murguialday por citar a una mujer solidaria entre muchas, lo hicieron posible.

Lo interesante es que este nuevo discurso feminista fue poco a poco extendiéndose al mundo rural y calando en las

instituciones. Y, curiosamente, en paralelo, la propia AMNLAE entró en un proceso crítico que con el tiempo iría a más. En buena parte fueron las organizaciones feministas no oficialistas las que lo provocaron con sus posiciones más consecuentes. Los intentos de democratización de AMNLAE no tuvieron mucho recorrido y con el paso del tiempo, una vez que los sandinistas perdieron las elecciones de 1990, quedó más marcada la ruptura de AMNLAE con el emergente Movimiento Autónomo de Mujeres que vivió un proceso de expansión y fortalecimiento, hasta que en 2005 se dotó de un programa y de una estructura y liderazgo común.

La Costa Atlántica

Durante el mes de julio de ese año 1987 llegó a Nicaragua nuestro hijo Zigor para pasar con nosotros cerca de un mes. Con él recorrimos una vez más Managua y nos impresionó escucharle que lo que había visto, la pobreza, la precariedad, todo eso ya lo esperaba y lo tenía asumido desde antes de emprender el viaje. ¡Con quince años!

Aprovechamos su llegada para hacer alguna excursión que teníamos pendiente. Viajar a la Costa Atlántica, por ejemplo. Y lo hicimos en un avión que a primera vista impresionaba un poco por lo vetusto. Embarcamos con destino a Bluefields y lo primero que nos impactó fue ver a un operario de mantenimiento golpear con un martillo en algunas zonas de la aeronave. El avión estiraba el morro hacia arriba de tal manera que cuando nos sentamos parecíamos estar en el sillón de un dentista o de un planetarium. Pero volaba. Y aquél avión soviético, de museo, aterrizó con éxito en un aeropuerto que parecía sacado de una película de aventuras, una pista irregular cubierta de polvo y una casita de madera con dos empleados.

Bluefields apenas había participado en la lucha contra Somoza. No porque su gente se identificara con la dictadura, sino porque esa región de Nicaragua era puro Caribe y vivía a su modo, dando la espalda al pacífico del

país, mirando más hacia Colombia y las islas caribeñas. Sin teléfonos, sin televisión, sin periódicos, sólo la radio mantenía los vínculos con el resto del país. La revolución llegó a la Costa Atlántica cuando ya había triunfado. Sólo hizo falta que un grupo de revolucionarios se acercara al cuartel de la Guardia Nacional para que los guardias huyeran en desbandada en dirección a Honduras o a las selvas. De tal manera, el sandinismo no era parte de la conciencia popular costeña.

Para los creoles descendientes de africanos que eran mayoría en Bluefields, como para los miskitos, ramas y sumos, los sandinistas eran "españoles", igual que los somocistas.

Bluefields es la antigua capital de la Mosquitia, una parte insólita de Nicaragua. Ciudad cálida y lluviosa presenta un paisaje de casitas de madera pintadas en vivos colores. Además de la etnias ya nombradas en sus calles caminan también sambos, garífonos, achinados, mestizos. Las casas se levantan sobre zancos y tienen porches para tomar la fresca al atardecer. En esta ciudad que lleva el nombre de un filibustero holandés diversas religiones se reparten sus influencias. La morava, llevada a la Costa Atlántica por misioneros alemanes es mayoría criolla y miskita. Entre los mestizos tienen peso la católica, la evangélica y la anglicana. La morava cuenta con una bonita iglesia de madera que se alza hacia el cielo con su torre puntiaguda.

En las calles perpendiculares y asfaltadas, se desparraman cafetines, tabernas, en las que se puede degustar grande platos de marisco a buenos precios. En los salones de billar los afros creoles se amontonan por las tardes con sus gorros de colores y hongos negros, dando una estampa jamaicana. Abundan los limpiabotas y en las aceras mujeres preparan comidas sabrosas y baratas. Ciudad cosmopolita, antaño refugio de piratas y más tarde de compañías madereras y bananeras y extranjeras, hoy día puerto de pesca y mercadería, tiene una vida completamente distinta al resto de Nicaragua. No falta para complicarlo todo ni la marihuana ni otras hierbas fumaderas

que se consumen en medio de la música y bailes de ritmo caribeño.

Bluefields tenía entonces unos 25.000 habitantes, siendo el 50% negros de habla creole, un dialecto inglés. Ellos son los que ocupan buena parte de los servicios y al mismo tiempo aportan el mayor número de jóvenes que viven al día. Los mestizos se ocupan de los oficios y de la pesca. Los chinos monopolizan los pequeños comercios. Recorrimos la ciudad, hablamos con todo tipo de gentes y pulsamos sus impresiones sobre lo que estaba sucediendo en el país.

57

Unos notas sobre la Costa Atlántica cuando la visitamos aquel 1987. La región estaba dividida administrativa y políticamente en Norte y Sur. En la parte norte la capital era y es Puerto Cabezas, en la sur Bluefields. En el conjunto la comunidad indígena más importante era la miskita, con unas 70.000 personas de población. Los miskitos estaban ubicados en una buena parte en las orillas de los abundantes ríos, viviendo principalmente de la pesca. Otra parte situada más al interior vivían de la agricultura. En la historia de los miskitos tiene peso la colonización inglesa que a diferencia de la española fue más sutil y pacificadora. Los sumos son unos 7.000 y viven en lugares bastante inaccesibles, en las cabeceras de los ríos y cerca de zonas mineras. Los rama apenas eran 460, concentrados en la isla de Rama Cay. Las comunidades garífonas, unas 500 personas, vivían y viven en Laguna de Perlas. Por fin, los descendientes de esclavos africanos, unos 50.000, se concentran sobre todo en Bluefields y en menor medida en Puerto Cabezas.

Hablamos con un hombre llamado Ronald Dolores de etnia sumo. Guardo anotadas sus palabras: "Cuando llegaron los sandinistas a las zonas donde vivimos, varias comunidades rama nos escondimos en las montañas. Nosotros estábamos con nuestros arcos de cazar y ellos con sus fusiles cuando por fin empezamos a conversar. Nos dijeron que eran nuestros hermanos y que venían a traernos mejoras y que ya todos éramos iguales, nicaragüenses. Teníamos miedo y al principio no les creímos. A los pocos

días vinieron unos médicos y trajeron medicinas y alimentos en helicópteros. A los muy enfermos los trasladaron a hospitales. Y nos empezaron a ayudar en las siembras. Abrieron una pista de comunicación donde antes sólo había maleza. Poco a poco empezamos a creer en ellos. Lo que fue importante es cuando comenzaron a alfabetizar en nuestra lengua sumo. Había maestros sumo con ellos, eran sandinista. Yo mismo ahora estoy trabajando en un diccionario sumo-español”

El relato de Dolores es bien ilustrativo de lo que sucedió también con otras comunidades. Es cierto que pronto los sandinistas llegados de las ciudades del pacífico tomaron en cuenta que los habitantes de la Costa Atlántica eran muy diferentes y la frase “todos somos nicaragüenses” no surtía el efecto deseado. A un cierto desencuentro contribuyó el desconocimiento de la psicología colectiva de los pueblos costeños, algo que favoreció el error de querer imponer políticas que no encajan con sus costumbres y cultura. La mayor desafección se dio con los miskitos, cuatro años antes de nuestra visita.

Ocurrió que los ataques de la contrarrevolución determinaron la evacuación de las comunidades miskitas del río Coco. Fue un trauma colectivo para quienes habían vivido toda su vida en las márgenes del río. Cuando los sandinistas les empujaron a desplazarse, unos 8.000 aceptaron pero otros 12.000 eligieron cruzar la frontera de Honduras. No tenían conciencia de cruzar una frontera pues al otro lado vivían y viven también comunidades miskitas, y Honduras y Nicaragua eran para ellas dos conceptos sin sentido. Ellos sólo querían vivir junto al río, en la otra orilla. Pero allí les esperaban los contrarrevolucionarios que comenzaron a captarles y organizarles en términos paramilitares. Así quedó fragmentado el pueblo miskito, unos del otro lado del río y otros ubicados en Tasba Pri un asentamiento distante a sesenta kilómetros de la frontera. En medio de informaciones confusas, a finales de 1983, un obispo norteamericano llamado Schlaefer acompañó a unos dos mil miskitos a la frontera con Honduras por razones

puramente pastorales. La CIA explotó el hecho hasta que todo puro aclararse.

Al tercer día, no sin haber saboreado un buen marisco, decidimos regresar a Managua en avioneta. Nos fuimos al aeropuerto y preguntamos por esa posibilidad. Nos dijeron que estaba por llegar una avioneta procedente de Managua, y que pronto emprendería el regreso. Esperamos. Aterrizó y hablamos con el piloto. Nos dijo que no podía ser. Nos llevamos un golpe moral, pero poco después nos sentimos aliviados al ver al piloto meter un largo palo en el depósito de combustible para comprobar si tenía suficiente para su regreso. Decidimos ir al barco que cubre el trayecto El Rama- Bluefields dos veces al día. No hubo problemas para los billetes y además no demoró su salida.

Los 120 kilómetros del río Escondido son de una gran belleza. La explosión selvática por la que discurre este río nacido de la confluencia de los ríos Siquía, Mico y Rama, produce en el viajero la sensación de encontrarse en un lugar remoto, perdido, protagonizando una película de Indiana Jones. Junto con los ríos Coco, Prinza Polka, Grande Matagalpa y San Juan, fronterizo con Costa Rica, el Escondido es uno de los grandes ríos navegables que conectan el Océano Atlántico con el interior del país. Por este río subió en 1781 el inglés Guillermo Hodgson al mando de 5.000 soldados para conquistar la provincia de Nicaragua. Y por él, también, han descendido a lo largo de décadas las materias primas que las compañías inglesas, norteamericanas y alemanas, arrancaban de las minas y bosques de Zelaya y embarcaban en Bluefields.

A lo largo de las márgenes del río podíamos ver llanuras pobladas de cedros, caobas, árboles frutales, hules y toda suerte de plantas tropicales, dando al paisaje una belleza exótica. Desparramadas por las orillas veíamos chozas, ora de paredes de caña y tejados de palma, ora casitas de madera levantadas sobre zancos. Los pobladores saludaban al barco y nosotros a ellos. Viven de la pesca y cazan venados con flechas, garzas y otras aves que conviven con los pelícanos y los loros. Veíamos navegar por el río a

pipantes acupadas por indígenas en labores de pesca o simplemente viajando de un poblado a otro. Había algunas reses de las familias más afortunadas.

El viaje transcurría tranquilo hasta que de pronto, como a mitad del recorrido, los estampidos de fusiles disparando rompieron el monótono ruido de la proa abriendo camino por las aguas. Estábamos en aquel momento en el interior del barco y automáticamente nos echamos al suelo, bien estirados y procurando protegernos bajo los asientos. Los disparos siguieron y todas las personas que estábamos adentro pensamos que se trataba de un ataque de los contras desde la orilla. Durante segundos tuvimos miedo. Hasta que una voz de hombre gritó desde la puerta que conectaba con la cubierta: “¡Pueden levantarse, ya todo pasó!”. Lo hicimos, salimos al exterior y preguntamos. Una señora explicaba que los soldados sandinistas habían hecho disparos de intimidación a un preso común que se lanzó al agua con la idea de alcanzar la orilla. Lo hizo. El barco no paró y los soldados tuvieron que desistir.

Después de más de cinco horas de navegación llegamos a El Rama. Con los pies en la tierra buscamos transporte para Managua. Lo encontramos en una camioneta en cuya tina abierta nos colocamos una docena de personas, unas sentadas, otras de pie. No fue un viaje fácil. El conductor se dormía y había que golpear una y otra vez el techo de su cabina para que evitar los zigzag nos sacara de la carretera. Cuando llegamos a Managua pudimos respirar. Era ya de noche. Tomamos un taxi y al abrir la puerta de nuestra casa, en la Rotonda de los Cocos, suspiramos y nos abrazamos.

La Constitución de 1987 incluyó, por primera vez en la historia de Nicaragua, la autonomía para la Costa Atlántica que quedó dividida territorialmente en Norte y Sur.

Ometepe y Subtiava

Con Zigor viajamos también a la isla de Ometepe. Quien habiendo estado en Nicaragua no haya visitado Ometepe

tiene un buen motivo para volver. Esta isla, simplemente bella, tiene la forma de un ocho en cuyos conos emergen los volcanes Concepción y Madera. Moyogalpa y Altagracia son sus dos municipios principales. Ubicada en el lago Cocibolca de 8.147 kilómetros cuadrados, es la mayor isla del mundo en aguas dulces con 247 kilómetros cuadrados y unos 35.000 habitantes

Es una isla fascinante que te aísla del mundo aun estando cerca de la ciudad de Granada. Recorrerla en bicicleta o caminando de mochilero debe ser de lo mejor. Fue en tiempos un santuario de culto indígena lo que se puede observar en los numerosos ídolos de piedra que antes estaban en todas partes y ahora están en museos o en casas de esquilmadores que las han robado. Algunas vimos en Altagracia. Quién sabe si todavía estarán.

Desembarcamos en Moyogalpa y nos hospedamos como pudimos en una pensión que estaba llena de turistas. Nos colocaron unas literas en un patio interior y pasamos la noche rodeados de sapos que no dejaban de croar. Al día siguiente recorrimos la isla, cruzamos el istmo de Istian y nos acercamos hasta los cafetales en las laderas del volcán Madera de unos 1.400 metros de altura, donde todavía puede verse abandonado un ingenio que fue de Somoza.

Mariví y yo conocíamos la ciudad de León. Pero en esta ocasión el objetivo era visitar el barrio indígena de Subtiava y en particular a la familia Bervis.

Cuentan que todo el territorio donde se levanta la ciudad de León era de los indios de Subtiava. Frente a las nuevas edificaciones poco pudieron hacer los indígenas. Pero frente a las apropiaciones de tierras que hacían los terratenientes con la ayuda de los gobiernos de Managua, cabía hacer algo: picar los cercados y ocupar las tierras. Los indios de Subtiava nunca dejaron de hacerlo. Desde los tatarabuelos hasta los nietos, e incluso antes, bajo la dirección de líderes naturales siempre han luchado por la tierra. Si el dirigente de los indios era Adiac, que fue quien les dio albergue a los leoneses, desde los años sesenta hasta 1987 y después el

cacique-líder era Magno Bervis. Él recogió la antorcha del liderazgo de sus antepasados.

Los indios de Subtiava tocaban sus tambores por las calles llamando a las gentes para que salgan de sus casas para la gran reunión. Como los antiguos, al calor y a la luz de las fogatas, los congregados discutían y decidían las recuperaciones de tierras. Marchaban por las calles camino de las fogatas, recogiendo a los hermanos y hermanas indígenas de las puertas de sus casas. A los sones de los tambores los rostros se endurecían. La cabeza alta la mirada al frente. Ya iban, ya, caminando con el cacique abriendo la manifestación. A veces venía la Guardia somocista y se daban choques violentos. Otras veces hablaban alrededor de las fogatas y luego salían a picar las cercas.

Fuimos a este barrio de León empujados por la historia que habíamos escuchado acerca de Magno Bervis. Todo empezó aquel día de 1970 en que acudió a un entierro. En el sepelio le abordó Omar Cabezas que andaba por la ciudad buscando una casa de seguridad para la dirigencia sandinista. El guerrillero le tocó el hombro y le dijo "tengo que platicar contigo".

Magno Bervis hizo en su propia casa lo que él llamaba el ataúd. Era un gran buzón que pudimos ver y descender a su interior, entrando por un armario ropero, ya viejo y carcomido. En el suelo del interior del armario una trampilla permitía bajar unas escaleras hasta el buzón a dos metros de profundidad. Magno Bervis nos dice que Fidel Castro se metió en él. De las escaleras se accede a un pasillo y desde ahí a una salita de dos por dos metros. Por ese ataúd pasaron en diferentes momentos, Henry Ruiz, Oscar Turcios, Ricardo Morales, Germán Pomares, Tomás Borge y otros. Cuenta el ataúd con luz eléctrica. En él se hacían contactos, dormían dirigentes, se guardaban documentos. Ignoro si cuando escribo estas líneas puede visitarse el buzón que, según Magno Bervis, es el primero que fue utilizado por la dirección nacional del FSLN.

En aquellos años setenta acusaron a Magno del asesinato del terrateniente Rondín. Tuvo que huir escapando de la guardia. Nos dijo con mucha sinceridad: “Estuve en las montañas, pero, para ser francos, no aguanté mucho porque la vida allí es muy dura. Pasaba días sin comer, sólo con agua, cuando la ropa se mojaba se secaba en el cuerpo. Recuerdo que un día que me enviaron a transportar unos fierros me harté de comer caña pelada. Por esa comida se me llenó el cuerpo de hormigones”. Así que volvió en cuanto pudo a Subtiava y se lanzó a organizar a su gente para continuar con las recuperaciones de tierra.

Los subtiava pusieron en marcha un periódico “Adiac” allá por el 78 y pronto llegó el dirigente sandinista Bayardo Arce para orientar su elaboración. En Subtiava apenas había armas, pero sí muchos combatientes. Magno Bervis recuerda el día de la liberación, cuando desde el barrio subían hacia el centro de la ciudad de León al grito de ¡mueran los perros!, mientras sonaban los tambores.

Cuando lo visitamos Magno Bervis parecía vivir feliz viendo a su gente de Subtiava poner en marcha cooperativas en miles de hectáreas de tierras recuperadas. Dice que si algún día es necesario sonará de nuevo el tambor, parangan, parangan, parangan, reunirá a su gente y se irán al combate.

De vuelta a casa antes de seguir regresando a Nicaragua

A finales de 1987 dimos por finalizado el año de permanencia en Nicaragua. Era momento de volver. Zigor ya había regresado a primeros de agosto no sin haber visitado León, Granada, Pochomil, Masachapa y otros lugares. Ya en noviembre llegó nuestro turno.

Aquel año aprendimos a vivir con poco, con incomodidades, en régimen de racionamiento como todo el país que compartía una épica nacional. Cada familia teníamos un cartón con los datos del domicilio y el número de personas, y con ese cartón acudíamos cada dos semanas a recoger la

provisión de la pulpería designada, cuando desde el Comité de Defensa Sandinista del barrio se daba el aviso. Azúcar, sal, aceite, frijoles, arroz, jabón, y algo de papel higiénico completaban el abastecimiento. Mariví y yo íbamos a una pulpería que se llamaba Sierra y también a Leche Agria Remulete en búsqueda de huevos, ambas ubicadas en la Radial de Santo Domingo. Cuando caminaba por Managua, Mariví se metía en cualquier cola que viera, antes de saber qué estaba en venta, tal vez pollo, tal vez carne de res. Por mi parte me agachaba para recoger un pedazo de alambre o de cable eléctrico, cualquier cosa que pudiera servir para un arreglo doméstico. No era fácil conseguir papel higiénico y para hacernos con algunos rollos hacíamos expediciones en motocicleta hasta el Hotel Intercontinental, por entonces el mejor de Nicaragua, donde a cambio de un café o un refresco robábamos metros de papel de los buen surtidos lavabos. Era de esa tipo de cosas que marcaban la diferencia entre extranjeros y nicaragüenses.

Era una forma de vivir que achacábamos a la agresión norteamericana con su apoyo a la contrarrevolución y casi llegamos a creer que el racionamiento nos igualaba a todos. Pero esto último no era sencillamente verdad. Habías clases sociales y había gentes privilegiadas por su colocación en instituciones y en el partido gobernante. También los extranjeros como nosotros mismos teníamos acceso a víveres que no podía alcanzar la gente común del país. Pero es verdad que la vida diaria era una escuela que te daba la oportunidad de ser mejor. Otra cosa es si la aprovechamos bien.

En aquel contexto duro para los nicaragüenses y en menor medida para los extranjeros hubo también momentos distendidos. El rodaje de la película Walker en la ciudad de Granada fue un acontecimiento. Sería agosto o septiembre de 1987. Fue una producción norteamericana, el director era Alex Cox y el actor principal Ed Harris. Basada en hechos reales narra la historia de William Walker, abogado y periodista que encabezó una bárbara invasión a Nicaragua en 1853 a petición de un ambicioso capitalista llamado Cornelius Wanderbilt. Apenas logrado su objetivo

Walker se autoproclamó presidente del país, llevado por la creencia de que Estado Unidos tiene un derecho moral de conquista.

Para el rodaje de aquella película se apuntaron gran cantidad de nicaragüenses como extras, y también mujeres y hombres de la solidaridad pues hacían falta también figurantes de tez blanca. Mariví se apuntó. A su regreso del primer día de rodaje dijo que con el calor granadino llevar ropajes de época y repetir una docena o más de veces cada escena era poco más que un martirio. Ella estaba entre el público en la escena donde se juzga precisamente a Walker. Al día siguiente quisieron ponerle una prenda de abrigo bajo un calor achicharrante. Ella directamente dijo: "Si me ponen ese abrigo renuncio". Como si fuera una actriz principal puso condiciones. Y le cambiaron de prenda por una más ligera. Ahora, cuando lo recuerda se ríe con ganas. ¡Qué tiempos, dice!

Como conocí a Rolando Morán (Ricardo Ramírez) en 1989

Cuando regresé a Nicaragua en 1989 ya tenía buenos contactos con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador y con el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) guatemalteco. Ambas organizaciones tenían casas francas en Managua y de vez en cuando era posible localizar en ellas a algunos de sus dirigentes. Yo tenía mucho interés en conocer a Rolando Morán, comandante en jefe del EGP. Me facilitó el acceso hasta él, un amigo, Enrique Ortego, aragonés de profesión periodista que colaboraba estrechamente con el jefe guerrillero elaborando informes y dándole asesoría. Y lo cierto es que aquella visita colmó mis deseos.

Quien era la mano derecha de Rolando Morán, un guatemalteco de origen riojano de nombre Enrique Corral, me llevó a la casa donde me recibiría. Estuve con él, escuchándolo, toda una tarde. Su voz era poderosa y a la vez agradable. De estatura más bien alta, llevaba unas

gafas que le daban el aire intelectual que realmente era. A la vez, era un guerrillero. Digo era porque desafortunadamente murió en septiembre de 1998.

Sus primeras palabras fueron estas: >>Mi verdadero nombre es Ricardo Ramírez. Procedo de una familia de campesinos ricos que después se cambiaron a la ciudad. Mi padre era militar. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño y unos años más tarde, cuando yo tenía catorce, por razones puramente familiares rompí con mi padre y mis hermanos. Entonces me pregunté ¿qué voy a hacer? No podía seguir mis estudios ni quería aceptar la ayuda familiar. Me sentía independiente y escogí estudiar agricultura en la escuela centroamericana que está en Honduras, fundada por la United Fruit Company, donde la enseñanza se hace en inglés. Mi padre y mis hermanos tenían gran admiración a Estados Unidos y yo estaba influido por ese ambiente y por eso fui a esa escuela. Era una escuela para campesinos pobres, trabajábamos la mitad del día en el campo y a cambio de esa tarea estudiábamos por la tarde y en la noche. Al final de los estudios uno salía con un título de perito agrónomo.

>>Me aficioné mucho a la agricultura y a la ganadería, afición que ha persistido toda mi vida. Pero como yo provenía de la ciudad y no estaba habituado a la dureza del trabajo en el campo, a las inclemencias del tiempo, enfermé de una tuberculosis pulmonar muy violenta. Me vino una hemorragia y me tuvieron que llevar a un hospital público de Tegucigalpa. En ese tiempo la estreptomycinina no existía y la tuberculosis era considerada incurable, mortal y contagiosa. El tuberculoso era un marginado social. En el hospital, en la parte que se atendía la tuberculosis había dos enfermos en cada cama. A veces se le moría a uno el compañero durante la noche. Pero en aquel hospital se daban también gestos humanos importantes, una ansiedad por la vida, una búsqueda de la salvación por algún medio, y a alguien se le ocurrió solicitar a la United Fruit Company que donara una parcela de tierra para ir todos allí, a sobrevivir o a morirnos tranquilamente y no en aquel

centro pavoroso. Hicimos un memorial que nunca fue respondido”.

>>En aquellos días, uno de los enfermos, ya con cierta edad, se me acercó y me dijo “mira, quiero hablarte de ciertas cosas”. Le pregunté si se había enterado del suicidio de un enfermo y me respondió: “Yo pienso de manera muy distinta a como piensa la gente. En primer lugar no tengo religión, en segundo lugar creo que cuando uno ya no es útil a la sociedad tiene la opción de terminar con su vida, sobre todo cuando no tiene esperanza de curarse.

>>Aquel viejito se llamaba José de la Rosa Velásquez y me confesó que era comunista. Empezó a hablarme de los derechos de los pueblos, de la libertad, de una nueva sociedad. Y yo estaba impactado. Sentí que algo latía en mí cuando escuchaba a aquel hombre. Poco a poco sus palabras echaron raíces en mí. Tuve la suerte que me trasladaran a Guatemala, a un hospital mucho mejor y después de año y medio de hospitalización salí adelante.

>> Salí a trabajar de peón caminero, a las carreteras. Los peones estaban luchando por la desmilitarización del gremio, un régimen laboral que venía de la dictadura del general Ubico. Empecé a participar en el sindicato y sentí que iban encontrando algo que hacer en la vida. En ese tiempo las Fuerzas Armadas intentaron darle un golpe de estado a Juan José Arévalo y el presidente fue inteligente al ordenar que se armara al pueblo. Recuerdo que era un 18 de julio, lunes, cuando el general Arana intentó el golpe y los obreros llegamos armados al palacio nacional. Fue la primera vez que tomé un arma y en medio del riesgo la vida tenía un sentido para mí. Ingresé en el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) que era el partido comunista en formación. Luego vendría mi primera subida a la sierra, en 1963. Allí escuché las palabras más asombrosas y conmovedoras de labios de una viejita india: Le pregunté ¿cuáles son sus razones para vivir? Entonces ella me respondió: “Crear en Dios, cuidar a los niños y darle de comer a la guerrilla.

Al escuchar a Rolando Morán se apoderó de mí el sentimiento de estar frente a un hombre de la mayor estatura moral que puede alcanzar un ser humano. Él había conocido al Che Guevara en su paso por Guatemala, antes de enrolarse en su primera expedición a Cuba. Guatemala vivía entonces la revolución de Jacobo Arbenz.

Subió a la montaña en 1963 junto con otros 21 compañeros, formando parte del PGT. Pero en 1970 se produjo la ruptura que dio lugar a la formación del EGP. Cuando yo lo entrevisté llevaba 27 años de lucha armada. Por cierto que en 1992, el 16 de enero, me lo encontré en el acto protocolario de la firma de la paz del FMLN con el gobierno de Alfredo Cristiani, en el castillo de Chapultepec, en México. Estuvimos juntos, Rolando, el padre jesuita de origen vasco Jon Cortina y yo. Fue un honor.

Rolando Morán (Ricardo Ramírez), fundador de la guerrilla guatemalteca, decidió su vida en un hospital de tuberculosos en Honduras y aún fue peón caminero, agitador universitario y luego organizador del EGP. Conoció su pureza espiritual.

Visita a Monimbó

Había estado en Masaya en varias ocasiones. Pero en esta visita de 1989 quise dar un nuevo paseo por Monimbó. Fue un barrio de Masaya particularmente combativo contra la dictadura de Somoza. Su historia es apasionante. Ya en 1977 se insurreccionó. Sus células sandinistas clandestinas asumieron la vanguardia de la lucha. Un poco más tarde, el 22 de enero de 1978, la Guardia Nacional en número superior a doscientos entró en Monimbó donde sus pobladores les esperaban con bombas caseras de mecate. Armados de palos y machetes la gente emboscaba a los guardias. Algunas casas de colaboradores de los guardias fueron quemadas. Por la noche el ejército somocista intentó hacerse con el control del barrio mediante un asalto con el apoyo de helicópteros. Pero los combatientes respondieron. Aparecieron los primeros lanza morteros caseros fabricados con tuberías de desagüe. Los guardias comenzaron el

asalto al colegio Salesianos donde se atrincheraban muchos manifestantes. En ese momento comenzaron a voltear las campanas de las iglesias, ¡italan! ¡italan! ¡italan! Y todo el pueblo salió a las calles. Las sublevaciones continuaron por semanas hasta que el 25 de febrero la Guardia Nacional pudo leer en las paredes: "Monimbó, territorio libre de Nicaragua".

No obstante el 28 de febrero pudo ser controlada la insurrección. Monimbó sufrió un terrible bombardeo por tierra y por aire. Durante más de veinte horas unos seiscientos guardias dispararon con ametralladoras, tanquetas, aviones y helicópteros. Los muertos y los heridos fueron incalculables. Dos días antes había caído combatiendo Camilo Ortega que luchaba junto a la comunidad indígena. En el mes de septiembre de ese mismo año cayó Luz Marina, una muchacha a la que disparó la guardia cuando corría agitando una bandera y gritando ¡Viva el Frente Sandinista!

Hablé con Víctor Rivera, miliciano de los Comités de Defensa Sandinista. Él recuerda la insurrección de febrero de 1978 como si fuera ayer. "Dejó muchas enseñanzas y, sobre todo, dejó el testimonio del barrio más combativo de Nicaragua. Por sus muertos y sus heridos Monimbó declaró la guerra a muerte a la dictadura de Somoza. La consigna era "Vencer o Morir". Todo el barrio se cubrió de trincheras, de zanjas escavadas durante la noche. En los tallercitos familiares de pirotecnia se fabricaban bombas caseras. Rivera asegura que todo ese año 78 transcurrió entre sublevaciones, mítines y manifestaciones. "Eran los preparativos de lo que vendría más adelante, la batalla final". De día el barrio lo controlaba la Guardia somocista, pero de noche era de los sandinistas. Víctor Rivera me cuenta la sublevación de septiembre del 78. "El día 9 de septiembre como treinta combatientes cercamos y asaltamos el cuartel de la Guardia Nacional de Monimbó. En él se encontraban quince somocistas. El combate apenas duró una hora. Se rindieron. Y entonces el combate se extendió por todo Masaya. El día 10 varios barrios estaban en manos sandinistas. La ciudad quedó cubierta de

barricadas. El día 11 fue decretada la ley marcial y la Guardia inició un contraataque. Los combatientes nos retiramos prudentemente. Sabíamos que la guerra estaba ganando y que era cuestión de tiempo”.

Y llegó mayo de 1979. El día 15 de ese mes, cuando los gallos cantan, los sandinistas lanzaron un ataque total contra las fuerzas somocistas de la ciudad. En pocos días, el día 24, la ciudad quedó liberada. La gente lloraba, se abrazaba. La Guardia Nacional salió de Masaya y fue a refugiarse al cuartel de Coyotepe situado encima de una loma a las afueras de la ciudad en dirección a Managua. Rivera dice. “Los hijueputas tiraban cachimbo de tiros solo para jodernos la alegría”. Entonces ocurrió una anécdota famosa. La comandante guerrillera Mónica Baltodano, que comandaba el cerco al cuartel exigió la rendición de los somocistas. El oficial de mando respondió: “Yo no me rindo a una mujer”. Pero se rindió, vaya que sí se rindió a una mujer.

Masaya fue clave en las horas finales contra el somocismo. Liberada la ciudad con Monimbó a la vanguardia, acogió a más de 6.000 sandinistas que se replegaron de Managua para eludir la ofensiva somocista sobre la capital. En Masaya se reorganizó el ataque final sobre Managua en coordinación con las columnas guerrilleras que avanzaban desde León, Chinandega, Matagalpa, Estelí... El 16 de julio huyó Somoza. El día 19 los sandinistas entraron victoriosos en la capital.

Con comandantes del FMLN

Aquel 1989 fue fructífero para mí actividad de entrevistador. Mis contactos con dirigentes de la guerrilla salvadoreña me permitieron entrevistar simultáneamente al comandante en jefe de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) y del FMLN, Leonel González (Salvador Sánchez Cerén de nombre real), al comandante Jesús “Chusón” Rojas Cardenal y al comandante Ricardo Gutiérrez.

Me llevaron al reparto Villa Panamá de Managua donde me esperaban en una casa franca. Allí estuve un día completo con mi grabadora. La entrevista salió publicada en un libro titulado Guerra en El Salvador y que vio la luz en 1990. Es un libro compartido con Marta Harnecker en el que ella hace una larga entrevista a Leonel González. De aquella entrevista me quedó un aprendizaje político, un mayor conocimiento de la realidad salvadoreña y del curso de la guerra. Pero me quedaron también fuertes amistades. A Chusón lo mataron en una emboscada casi al final de la guerra, cuando bajaba del monte de dar una rueda de prensa en dirección a Dulce Nombre de María. Fue una muerte particularmente inútil pues la paz estaba a punto de firmarse. A Ricardo (su nombre es Fernando Ascoli) lo he visitado en Guatemala donde da clases en la Universidad San Carlos. Con Leonel, hoy presidente de Gobierno de El Salvador, tengo una amistad continuamente renovada, y colaboro con él en el rescate de la memoria y otros espacios. Con Marta tengo una buena amistad y últimamente de vez en cuando nos vemos.

1990 Las elecciones perdidas

Como todo el sandinismo yo esperaba las elecciones de 1990 con una gran expectativa de victoria. Formaban parte de los acuerdos de Esquipulas en que los países centroamericanos, con reservas de Estados Unidos primero y con aceptación crítica después, habían logrado un plan de democratización de la región que incluía el cese de las agresiones armadas contra Nicaragua. En realidad los norteamericanos y el estado mayor de la propia contrarrevolución mantuvieron en todo momento una ambigüedad calculada sobre el fin de las agresiones armadas, jugando con la amenaza durante la campaña electoral de que si ganaba el FSLN todo seguiría igual. Desde luego fue un chantaje que tuvo consecuencias, pues mucha gente que en condiciones normales hubiera votado sandinismo se rindió a la presión y voto a la Unión Nacional Opositora (UNO) que llevaba de candidata a doña Violeta de Chamorro, ex esposa del asesinado Pedro Joaquín Chamorro.

Toda la oposición se unió para tratar de vencer al sandinismo. Sin duda que Estados Unidos jugó un papel decisivo en la construcción de esa unidad que era sobre todo funcional y mucho menos una unidad de programas políticos. La anécdota de que Virgilio Godoy, que salió elegido vicepresidente no quiso ocupar el cargo por desavenencias con la elegida presidenta de la República, ya dice bastante. El FSLN llevaba de candidatos a Daniel Ortega para presidente y al escritor Sergio Ramírez como vicepresidente. Todavía recuerdo la musiquilla de su campaña con una letra que empezaba así: "Con Daniel y Sergio hasta la muerte, seguros de que vamos a ganar, con el Frente Sandinista a la derecha..."

Las elecciones fueron limpias pero no lo libres que debieran haber sido. Lo digo porque mucha gente votó con la pistola en la sien. Nadie quería que la guerra se prolongara, pero era vox populi que votar por los sandinistas era votar por nuevos sacrificios. Del otro lado estaba la promesa avalada por Estados Unidos de que con la UNO se pondría fin a la guerra. No era fácil elegir en libertad. El escenario era así de terrible: la guerra había destrozado la economía y se había cobrado demasiados muertos, 50.000. El gobierno sandinista había tenido que imponer el servicio militar obligatorio. Y en este último punto se jugó la partida.

Así fue. Cuando el 21 de febrero, en el cierre de campaña, el FSLN reunió a más de 400.000 personas en la Plaza Carlos Fonseca, contigua a la Plaza de la Revolución, junto al lago Xolotlán, la muchedumbre esperaba que el general del ejército Humberto Ortega anunciara el fin del servicio militar patriótico (SMP). No lo hizo, seguramente animado por la respuesta multitudinaria al mitin. Creyó que la victoria estaba asegurada y no era necesario correr el riesgo de semejante anuncio. Se equivocó. Su silencio sobre el asunto defraudó, y así se explica que barrios populares sandinistas votaran mayoritariamente a la UNO tres días después. Y, desde luego, los 250.000 jóvenes que estaban por ir al SMP los próximos años utilizaron las urnas para oponerse a su reclutamiento.

No me cabe duda que buena parte de la población jugó al güegüense, el personaje que se disfrazaba durante la época colonial para burlar al colonizador. Recuerdo una anécdota personal. El día 20 de febrero visité la redacción de Pensamiento Propio. Allí estaban mujeres y hombres con lo que había trabajado un año. Pulsé el ambiente electoral que me pareció positivo y quedé en sumarme al día siguiente a la columna de trabajadores de la revista y del instituto CRIES para marchar hacia la gran plaza del mitin del cierre de campaña. Así lo hice y durante el trayecto varias personas me anunciaron su voto por el FSLN. Pero ocurrió que el día 25 de febrero la UNO ganó las elecciones con el 54 % de los votos, frente al 44%, y dos días más tarde me personé en la revista. Allí supe que esas personas que me habían anunciado un voto lo cambiaron por otro. Como si el asunto fuera personal me sentí traicionado. Luego, con el paso de los días comprendí que no era justo tachar de traidora a esa parte de la población que ya cansada de enterrar sus muertos quería para sus vidas una nueva oportunidad.

Lo cierto es que esa noche nefasta del 25 de febrero de 1990 una gran orfandad se adueñó de todos nosotros. Estábamos un nutrido grupo de gentes de la solidaridad siguiendo el escrutinio, pero puedo decir que por momentos me sentía solo, como si no hubiera nadie a mí alrededor. Yo sólo con mi tristeza.

Tras horas de espera, a las seis de la mañana del día 26 vemos a Daniel Ortega en la pantalla del televisor, haciendo un repaso dramático de lo ocurrido. Le rodean el padre Miguel D' Escoto, su compañera Rosario Murillo, Bayardo Arce y un amplio grupo de dirigentes del FSLN. Ortega hace un balance de los años de revolución y cuando termina todos cantan el himno sandinista. Todos menos uno, Bayardo Arce que permanece en silencio, como ausente. El canto suena a voces quebradas y discordantes.

Un día después del mitin multitudinario y tres antes de las votaciones, habíamos escuchado decir al comandante y

ministro del Interior Tomás Borge a la pregunta de un periodista: "Antes caerán las estrellas del cielo que nosotros perdamos las elecciones". Las estrellas no cayeron, pero sí perdimos. Borge se la jugó al decir lo que dijo porque había recibido informes de regiones y municipios principales que daban ganador al FSLN. Pero, absurdamente, esos informes no eran objetivos, sólo decían lo que el comandante quería oír. Sus subordinados se la jugaron.

El periodista de Barricada, Guillermo Cortés, escribió una crónica de urgencia titulada "Un final inesperado". Comienza diciendo: "Apenas unas horas antes del escrutinio, después de depositar su voto, Daniel Ortega presenta la perfecta imagen del triunfador. Estaba tan radiante como cuatro días antes, en su cierre de campaña. Pero el electorado cambió de opinión y el día 25 dio un viraje dramático que ahora tiene en pantalla a un Gabinete de Gobierno de rostros desencajados, ojos llorosos, manos crispadas. En la derrota, los sandinistas proyectan una inmensa dignidad y, Daniel Ortega, como candidato oficial anuncia que respetará el mandato popular expresado en las urnas". Y sigue: "Parece mentira o un sueño estúpido. Pero es cierto. Y Daniel Ortega no tiene una sola palabra de reproche hacia los votantes, ni una insinuación siquiera, y más bien les recuerda su valentía y heroicidad".

Aquellas jornadas fueron difíciles. El sueño sandinista era como el agua que se escapa entre los dedos.

El 10 de enero de 2007 Daniel Ortega ganó de nuevo el gobierno poniendo fin a gobiernos neoliberales, el primero de los cuales, el presidido por doña Violeta de Chamorro, siendo también neoliberal, tuvo la inteligencia de buscar acercamientos con el Frente Sandinista que, aún después de la derrota, no dejó de tener poder en el Estado, particularmente en el ejército y la policía. De nuevo como presidente Daniel Ortega lleva a cabo algunos programas de mejoras sociales al tiempo que satisface los requerimientos del Fondo Monetario Internacional.

La ceremonia esperada y un divorcio

La pérdida de las elecciones fue el inicio de un cambio de rumbo en las vidas de los dirigentes sandinistas. El debate sobre qué estrategia seguir desde la oposición terminaría desembocando en la creación de corrientes como la Izquierda Democrática Sandinista y más adelante en el surgimiento del Movimiento de Renovación Sandinista liderado por la comandante guerrillera Dora María Téllez y poco después del Movimiento por el Rescate del Sandinismo liderado por la también comandante guerrillera Mónica Baltodano. Lo cierto es que algunos comandantes comenzaron a abrirse a una nueva vida en actividades profesionales o de negocios.

Tomás Borge tuvo entonces tiempo para incursionar como escritor. Y trabajó un libro de poemas que tituló *La ceremonia esperada* (1990). Luego hizo un libro de entrevistas a Fidel Castro. El caso es que yo tenía cierta amistad con Borge y le propuse editar su poemario en una editorial de San Sebastián-Donostia. Él aceptó. Uno de sus poemas, *Madrigales*, dice así:

Fue una tarde
de frutas
Te mordí la sonrisa
Me supo a mariposa
me supo verde
Si hablas
el relámpago
saludará a los pinos
Si callas
la música
abrirá los ojos
Si ríes
la luna
se tornará esmeralda

La presentación del libro fue increíble. Se llenó el frontón de pelota de la ciudad vasca. Unas mil doscientas personas. La gente de la solidaridad quería una explicación de lo que había pasado en las recientes elecciones. En Bilbao se llenó

un teatro. Luego fuimos a Barcelona donde la expectativa fue igualmente importante. Después al Ateneo de Madrid. Lo cierto es que las cuatro presentaciones pusieron de relieve que Nicaragua seguía siendo punto de atención de las gentes de izquierda. En Barcelona, Borge tuvo un encuentro con la más importante representante de escritores en lengua castellana, Carmen Balcells, fallecida el 20 de septiembre de 2015. Carmen representaba a García Márquez, Vargas Llosa, entre los muchos consagrados. Lo que buscaba Borge era que Balcells ejerciera como su representante ya que pensaba dedicarse a escribir. El asunto no funcionó.

Por cierto, que una vez que Tomás Borge llegó a San Sebastián nos percatamos que unos hombres nos seguían. Pudimos aclarar el asunto: eran guardias civiles que por decisión del jefe de la inteligencia Emilio Alonso Manglano, tenían la orden de proteger al comandante discretamente. Por lo que se ve en estos casos las ideologías no impiden que se cumplan ciertas obligaciones. Además, creo que entre los dos había alguna amistad.

Después de aquella gira, se destapó en Nicaragua la crisis de la piñata. Básicamente consistió en la apropiación de bienes del Estado por dirigentes sandinistas. Tomás Borge no escapaba a la lista de los beneficiados. El asunto consumió muchos textos de denuncia en medios de comunicación nacionales e internacionales, y terminó por desalentar a una parte mayoritaria de la solidaridad. Es un tema doloroso sobre el que prefiero pasar de puntillas a estas alturas de la vida. Sólo diré que durante un tiempo retiré de mi vista una fotografía en la que estamos el comandante y yo dando una rueda de prensa en el Hotel Ercilla de Bilbao. Recientemente he vuelto a colocar la foto a la vista, cerca de mi ordenador. Tal vez porque a pesar de todo, reconozco que en la vida de este hombre que nació en Matagalpa el 13 de agosto de 1930 y murió el 30 de abril de 2012, hubo mucho compromiso con su pueblo, mucho sacrificio, mucha generosidad. Lo otro lo coloco en el lado de la imperfección humana. Sin más.

Después de la derrota

Seguí viajando a Nicaragua. De manera que seguí la evolución del país de una manera bastante natural, sin los sobresaltos de ver cambios repentinos de mucha importancia. En uno de esos viajes, tras la vuelta al gobierno de Daniel Ortega escribí unas breves notas sobre el país que encontré.

Es noviembre de 2009 y una vez más, desde el avión, veo Managua desde el aire, los mismos tejados de zinc, las mismas porciones de verde por todas partes, el mismo lago estirándose hasta el perfecto cono del volcán Momotombo que tanto me gusta mirar bajando por la carretera de Masaya al atardecer. Y me pregunto cuánto habrá cambiado la fisonomía de la ciudad desde la última vez que la visité, un año atrás. ¿Habrá nuevos McDonald's? ¿Nuevos Pizza Hut? ¿Nuevos casinos? Ciertamente, Managua lleva unos años acogiendo negocios importados de Miami que dan poco a poco a la ciudad una imagen distante de lo que fue en los años ochenta.

Salgo del aeropuerto Augusto César Sandino y me dirijo hacia la Plaza de la Revolución, circulando por la carretera norte. Siempre hago lo mismo al arribar a Managua. Es como si necesitara comprobar la llama del mausoleo de Carlos Fonseca y el gran retrato de Sandino junto a la puerta del que fue palacio Nacional, ahora oficinas de recaudación de Hacienda, para saber que todo está en su sitio. Ya desde la distancia veo el fuego. Entre 1997 y 2002 la llama estuvo apagada por orden del entonces presidente Arnoldo Alemán, quien consideró que rendirle semejante homenaje al fundador del Frente Sandinista era un gasto excesivo. Por fortuna, durante sus años de gobierno los retratos de Sandino y del propio Fonseca permanecieron escoltando la puerta del otrora palacio Nacional.

Dirijo mis pasos hasta el Teatro Popular Rubén Darío, y me doy cuenta que la palabra popular ha sido sustituida por la palabra Nacional. Al menos, la vieja catedral inutilizada por el terremoto de 1972 ha sido reconvertida en espacio para

conciertos de música clásica. Lo que queda de ella sigue en pie, orgullosa de seguir siendo útil. Recuerdo aquellos noviembre de 1986 y 1987 en que llegaba a menudo en mi pequeña Suzuki hasta la orilla del lago Xolotlan. Miro al lago y lo veo como entonces, irisando brillos y me alegro de que sea el mismo lago al que bajaba con Marivi algunos domingos para esperar la caída del sol sentados sobre la grama. Cuando la pasta solar ocultaba su último punto de luz el cielo oscurecía en cosa de segundos. Me acerco más al lago, hasta las decenas de chiringuitos que surgieron como setas en la época de gobierno de Doña Violeta Chamorro, poco después de 1990. Cuando los vi por primera vez estaban bonitos, recién pintados de colores pastel, ordenados. Ahora todos están descoloridos por el sol y la lluvia que cuando cae lo hace a baldazos, y el caos domina el espacio. Al menos sigue siendo un punto de referencia dominical para muchas familias managuas.

Subo por la Avenida Simón Bolívar y observo que en la plaza de los No-Alineados ya no está el busto de Omar Torrijos. Sin embargo, frente al cine González, ahora sede de una secta evangélica, luce la estatua imponente de un guerrillero metálico que ha resistido a los gobiernos de la derecha. Ya 1994, tras la derrota de los sandinistas, de los muros que suben hasta el ranchón de los salvadoreños, frente al Hotel Intercontinental, desaparecieron las magníficas pinturas que artistas latinoamericanos dejaron para disfrute del pueblo en los años ochenta. Eran pinturas que retrataban el pasado indígena y su resistencia frente a los colonizadores. Según se escuchó la coordinadora de la alcaldía, Yamileth Donilla, todo fue debido a una confusión de la empresa privada encargada de borrar las pinturas ofensivas a la presidenta Violeta Chamorro. Una explicación para ingenuos.

Hoy me doy cuenta que ni siquiera está el ranchón, aquél en que devoramos tantas pupusas de queso o de chicharrón, en un ambiente internacionalista. Estaba hecho completamente de palma y era propiedad de alguna organización de la izquierda de El Salvador. Asciendo la pequeña cuesta hacia el hospital militar, dejando a mi

derecha lo que fue el restaurante Los Antojitos, célebre por su Pío Quinto, un postre excepcional. Llego a la Loma de Tiscapa y entonces viene a mi memoria el año 2004. Recuerdo que fue el mes de julio, cuando ya hacía años que el sueño había terminado con la derrota del sandinismo en las urnas, cuando fui con mi compañera Mariví y un grupo de amigos a este mismo lugar que fue el bunker del tirano Anastasio Somoza. Sede de su guardia más aguerrida y de las más horribles torturas, es ahora un espacio público desde el que se obtiene la mejor vista de Managua, *ciudad de pie entre ruinas, bella en sus baldíos* que dijera Julio Cortázar. Fuimos para escuchar a Carlos y Enrique Mejía Godoy acompañados por los Palacagüina. Junto al escenario vimos al legendario guerrillero Henry Ruiz, ya separado del sandinismo oficial. Famoso por su heroico pasado en la montaña medio comido por los gusanos. Él es el gran mito que Omar Cabezas retratará en «*La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*» un libro traducido a varios idiomas y que llegó a ser un *bet seller* entre los millones de solidarios con Nicaragua.

Estaban Henry Ruiz y la poetisa Gioconda Belli dando apoyo a los hermanos Mejía Godoy en un acto popular. Sonaban las canciones de los años ochenta, las que cantamos recorriendo el país de Norte a Sur, de la mar a la selva, surcando los lagos y ascendiendo volcanes, en las largas y entusiastas reuniones de la solidaridad, en las comunidades y en los barrios, en los mercados, en las universidades, e incluso en algunas iglesias, sonaban otra vez limpias, deseadas, en las voces de Carlos y Enrique. Recordé los buenos tiempos, aquellos años en que cantamos cientos de veces canciones que nos parecían al mismo tiempo combativas y risueñas, y pensé en todo lo extraordinario que nos tocó vivir años atrás siempre con aquellas canciones que nos ayudaban a imaginar despiertos y dormidos, y en ese instante di las gracias a Carlos, y a su hermano Enrique, y a los Palacagüina, y a aquel trío llamado Los Girasoles, a Norma Helena Gadea. En la Loma de Tiscapa retrocedo por unos instantes en el tiempo y vuelvo a los años ochenta.

Poco después tomo la dirección de la Plaza de España a la altura de donde fue el arbolito. Así son las referencias en Managua: «de donde fue el arbolito, dos cuadras al sur y media vara arriba» o «del café de Doña Inés dos arriba y media abajo». Claro que ya hoy no hay ni arbolito ni café de Doña Inés que quedó enterrado en 1972. Pero las referencias siguen vivas. Observo que se han multiplicado los vendedores alrededor de los semáforos. Niños trabajadores me ofrecen agua de coco, mamones, mangos rosa, cigarrillos, caramelos, pilas, periódicos, y pequeños ventiladores. Veo a mujeres de toda edad y jóvenes de rostro severo que ofrecen sus modestas mercancías. Después de 1990 muchos eran ex militares arrojados al desempleo, cuando acabó la guerra. Desde hace unos años, el gran problema de este ejército de vendedores de todo son las rotondas. Se han multiplicado por toda la ciudad, hurtando su puesto de trabajo al gremio de vendedores.

A lo lejos veo el Cerro del Sur, desnudo. Durante los años ochenta, sobre su ladera, unas grandes letras en color blanco decían, FSLN. Se veían desde cualquier punto de la ciudad. Después de 1990, sin mantenimiento, las letras fueron quedándose quebradas e irreconocibles. Llego a la Plaza de España y otra vez vuela mi nostalgia. ¿Dónde están los grupos de italianos cantando, los alemanes y suizos, los españoles y vascos, los canadienses y norteamericanos, que iban y venían bajo el calor inclemente por las proximidades de este centro neurálgico? Me doy cuenta que la desaparición de bares, restaurantes y centros culturales, ha sido progresiva. Abundan ahora negocios de comida rápida y en los alrededores de la gran plaza se encuentran jóvenes venidos de Miami que viajan a bordo de automóviles imponentes en busca de lugares de recreo. La gente los llama «los niños plástico» y viven ajenos a la realidad dramática de un país que cabalga sobre importantes índices de pobreza.

Enfilo hacia el Estadio Nacional de béisbol donde en los años ochenta el Boer y los Dantos movían pasiones. Luego, en los noventa, tras la caída del sandinismo el béisbol se profesionalizó quedando en manos de empresarios y la liga

se redujo de doce a seis equipos. Lo cierto es que hoy como hace poco más de veinte años el país se paraliza cuando se juega la serie final del campeonato nacional y los oídos se pegan a los transistores. Nada menos que seis emisoras nacionales emiten simultáneamente los partidos. Sólo los equipos de béisbol pueden unir a derechas e izquierdas y los jonrones de sus jugadores favoritos unir sus voces en un oh! de sorpresa y emoción.

Dejo atrás el estadio con sus enormes grúas cubanas de iluminación artificial y pongo rumbo hacia Batahola, reparto popular cercano a la embajada de EEUU. Voy observando la insalubridad, basura y como siempre camionetas y buses atiborrados de viajeros que van y vienen del mercado Oriental buscando cómo hacerle a la vida. Los coyotes, cambistas de dólares comienzan a asaltarme en los semáforos. Luego los veré en bandadas por los barrios de Altamira y Pancasán en todas las intersecciones. Ellos viven de la inflación como los peces en el agua. Batahola es un reparto que ilustra bien los distintos momentos de la ciudad. En los años ochenta era un barrio combativo, autogestionado; en los años noventa ya con el gobierno de Doña Violeta Chamorro se transformó en una barriada semi abandonada por la administración local. Sólo los monolitos que recuerdan a combatientes caídos contra el somocismo permanecían intactos aunque descoloridos por el paso del tiempo.

En 2009, de nuevo con un gobierno sandinista, Batahola no ha recuperado aún lo que fue, un bastión sandinista; sigue siendo un reparto en mal estado de conservación. Cruzó la carretera a la altura de un lugar llamado el Zumen, y me adentro en el popular barrio San Judas. Sus calles están como siempre, sin pavimentar, llenas de baches. En Managua decir San Judas es referirse al barrio más combativo del sandinismo, de nuevo en el poder en su versión oficial, pues hay mucho sandinista que sin dejar de serlo abandonó el partido, cuya cúpula se ha vuelto mística, tal y como deja ver su propaganda: «Nicaragua cristiana y socialista», mientras asoman en el cartel los rostros de Daniel Ortega y el cardenal Obando y Bravo.

Managua es una suma de barriadas y repartos unidos por vías en las que circulan vehículos en estado ruinoso. En los últimos años, nicas que retornaron de Miami lucen coches nuevos que se mezclan con viejos Lada soviéticos y japoneses con más de dos décadas de saltar hoyos y baches por la ciudad. Por todos lados y especialmente en las paradas de buses, hoy como ayer, se reúnen vendedoras de vigorón, nacatamales, pastelillos y carne de vaho y refrescos. Y por todos lados grandes carteles de anunciadores de empresas que ofrecen autos, computadoras y suministros diversos. En alguna parte una pancarta anuncia la apertura de una discoteca. Toda la ciudad es como un gran mercado en el que todo se vende. En algunos lugares todo es caos, pero en otros encontramos tranquilidad.

Esta ciudad no deja indiferente a quien la visita. La mayoría de viajeras y viajeros escapa de ella en cuanto puede y se dirige a la costa del Pacífico a comer buenas langostas en Pochomil o Masachapa, o rumbo a ciudades coloniales como Granada, Masaya o León. Pero, para mí, Managua es entrañable. Y es que, tengo hecha mi propia cartografía de la ciudad: sé donde están mis rincones, mis cafetines, mis pequeños parques, los arbolados, las esquinas animadas donde se habla de béisbol, las paradas de buses y los mercados como el Roberto Huembes, las mejores librerías. Sé que en la Cocina de Doña Haydeé sirven excelentes platos típicos y si cruzo la calle entro en la pastelería Araumi. Y en la Plaza España está el Churrasco y Las Brasas –uno de mis favoritos– en el camino de Oriente. Por las noches sé que una buen ron puedo tomarme en Las Conchas, en la carretera de Masaya, cerca de la Casa de los hermanos Mejía Godoy donde tienen montado un restaurante con música en vivo. Buenos cafés son el Amatl, junto al hotel Intercontinental, el irlandés The Shanon situado en el reparto Bolonia, o el Van Gogh junto a la Plaza España.

La Managua de hoy se aleja bastante de lo que fue en los años ochenta e incluso en los noventa. En esa Nicaragua

heroica, protagonista de un gran relato que sólo podía tener un final feliz, vino la derrota electoral en 1990 que sumó al sentimiento trágico la perplejidad más absoluta como un nudo imposible de desatar. Así, en los años noventa conocí una ciudad que cambiaba irremisiblemente su imagen. Fue desapareciendo la épica que unía a mucha gente en aquella Nicaragua convulsa de mediados de los ochenta y en Managua comenzó a imponerse la búsqueda de soluciones individuales. El gobierno neoliberal de Doña Violeta Chamorro, impuso sacrificios sociales y cuestionó la propiedad de viviendas que habían sido entregadas por la revolución, dejando su futuro en manos de los jueces. En los noventa, Managua se volvió triste. Ya no había llegadas de internacionalistas, Iberia suspendió sus vuelos directos desde Madrid, se acabaron las fiestas de fin de semana en La Piñata, y la fiebre de la emigración se apoderó de una juventud que buscaba cómo resolver su vida. Nuevos medios de comunicación comenzaron a emitir mensajes opuestos a los del sandinismo y dentro de éste dieron inicio las disidencias, los abandonos razonados y razonables, y surgieron pequeños partidos como los ya nombrados, el Movimiento de Renovación Sandinista y el Movimiento por el Rescate del Sandinismo.

La entrada en el siglo XXI aceleró en Managua el desarrollo de su actual disfraz: se levantaron enormes hoteles que nadie ocupa, justo enfrente de la nueva catedral a la que los managuas llaman *la chichera* por sus numerosas cúpulas que pueblan su tejado; se abrieron nuevos casinos y bingos; y surgieron negocios que huelen como los anteriores a puro lavado de dinero. La ciudad no es lo que era. Sin embargo nunca dejará de ser mi ciudad. Ésa a la que volveré mientras pueda y a la que aprendí a amar bajo capas de sudor, porque es la ciudad que llevo adentro, en las regiones de mi memoria y de mi corazón. Es para mí, por encima de todo, una emoción.

Mónica Baltodano y Julio López

La vida nos deparó la gran fortuna de conocer y hacer crecer una amistad con Mónica Baltodano y su compañero

Julio López. A Mónica la considero como una hermana. Hace un tiempo que no nos vemos pero la distancia no ha borrado de nuestras memorias y de nuestros corazones el afecto que nos tenemos. La conocí cuando se formó la corriente Izquierda Democrática Sandinista en un escenario de perplejidad al interior del FSLN tras su derrota.

Desde el primer momento me pareció una mujer poderosa intelectualmente, con gran capacidad de liderazgo. Sus ideas, bien organizadas eran convincentes. Pero lo era también su ejemplo siendo ella una activista por la recuperación de los principios y valores del FSLN muy lesionados por la piñata. Julio, analista político de primer nivel, agudo, capaz de penetrar en los hechos para extraer interpretaciones bien argumentadas, emitía casi cada día un programa de enorme audiencia en Radio la Primerísima. Una de las hijas de ambos se llama Mónica y es una abogada lideresa del movimiento ambientalista de Nicaragua que se opone a la construcción del canal inter-oceánico.

Con quince años Mónica Baltodano ya era una luchadora estudiantil y trabaja en los barrios marginales de León. En 1974 pasa a la lucha clandestina como jefa político-militar urbana en el norte del país. Sufrió tortura y prisión en 1977 y en 1979 formó parte del directorio que organiza la insurrección de Managua. Después del 19 de julio recibió el título de comandante guerrillera.

Licenciada en sociología recibió una maestría de municipalismo en la Universidad de Barcelona. Su vocación por profundizar en el poder local le llevó a escribir *Democratizar la Democracia. El desafío de la participación ciudadana* (2002). Siete años después publicó *Sandinismo, Pactos, Democracia y Cambio Revolucionario, Contribuciones al Pensamiento Político de la izquierda nicaragüense* (2009). Condecorada en 1986 con la Orden Carlos Fonseca. Fue Viceministra de la Presidencia y Ministra de asuntos Regionales, concejala de la alcaldía de Managua, miembro de la Dirección Nacional del FSLN y diputada de la Asamblea Nacional. Un curriculum

impresionante el suyo. En 2005 fundó el Movimiento por el Rescate del Sandinismo.

Lo cierto es que el MRS de Mónica Baltodano no pactó con el MRS de Dora María Téllez una alternativa común. Téllez buscaba acuerdos con los partidos de la derecha en un frente contra el sandinismo en el poder y Baltodano lo rechazaba y puso el acento en una larga marcha de refundación que debería centrarse en una acción con los jóvenes. En este esfuerzo Henry Ruiz (el legendario Modesto) daba su apoyo. Precisamente Mónica me llevó hasta donde Henry Ruiz, al que luego volví a ver en varias ocasiones. Su caso era muy especial: muchos sandinistas lo esperaban, deseaban su vuelta a la política para encabezar un movimiento de refundación del sandinismo una vez que Daniel Ortega y sus seguidores habían conducido al FSLN a una desnaturalización progresiva. Pero Ruiz no estaba animado a asumir ese rol.

Mientras el sandinismo oficial hacía su campaña en contra de Mónica y lo que representaba, ella andaba en contactos con los zapatistas y participando activamente en el Foro Social Mundial. En el año 2002, Mónica, Mariví, el nicaragüense Chema Castán, el riojano Samuel Pérez y yo mismo, anduvimos juntos en el Foro de Porto Alegre. Mónica era muy conocida en el continente y recibió el saludo de Lula, del dirigente de los Sin Tierra, Pedro Stédile, y de mucha gente significativa. Fue un encuentro formidable lleno de anécdotas. Cantábamos canciones nicaragüenses en los buses para sorpresa de las y los viajeros y nos tomamos nuestros buenos roncos que ella se había traído, acompañados de otros compañeros nicaragüenses con los que compartíamos hotel.

Con Mónica tengo un acuerdo en la interpretación de lo sucedido en Nicaragua tras la pérdida electoral de 1990. Un texto suyo titulado: "El sandinismo como filosofía revolucionaria o el asedio perpetuo a la opresión" es sencillamente magnífico. Lo presentó en la Universidad Federal de Santa Catarina, en Brasil. Llegó 2010, año en que el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica

de la UCA de Managua, publicó los tres tomos de *Memorias de la lucha sandinista*. Se trata de una obra monumental de Mónica Baltodano, dividida en tres volúmenes de más de 500 páginas cada uno. Es un trabajo extraordinario, meticuloso, integral e incluyente. A pesar de sus posiciones críticas al sandinismo oficial Mónica no cae en la tentación del sectarismo. Al contrario, incorpora a todos las voces de todas las sensibilidades para construir una memoria de todas y de todos, en las que todas las corrientes se sientan cómodas. La objetividad preside este esfuerzo que está llamado a pasar a la historia como la documentación por excelencia para revisar y reconstruir la historia del sandinismo y de su importancia nacional.

Puedo decir que si las elecciones de 1990 me trajeron perplejidad y desánimo, las conversaciones con Mónica y con Julio Lopez siempre me dieron serenidad y esperanza.

Epílogo

En lo que llevamos de siglo XXI he vuelto a Nicaragua en varias ocasiones. Con el mismo espíritu solidario pero con distintas herramientas. Lo he hecho en el marco de la cooperación para el desarrollo. Ello me ha permitido seguir conociendo la realidad desde otro lado pero con igual o mejor punto de vista. Espero seguir regresando siempre.